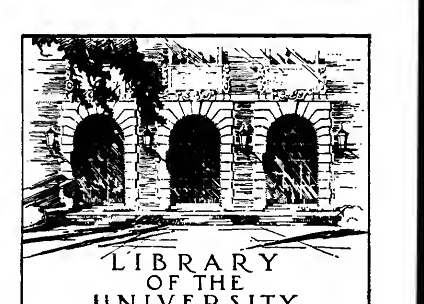


"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ DE MATURANA

Canción de Primavera

POEMA RÚSTICO EN TRES JORNADAS

Precedido por notas críticas sobre
el teatro poético argentino



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, AV. DE MAYO 638, BUENOS AIRES
1920

CANCIÓN DE PRIMAVERA

JOSÉ DE MATURANA

Nació en Buenos Aires el 15 de Mayo de 1884, dedicándose desde muy joven al periodismo y a la propaganda de los más avanzados ideales revolucionarios. Adolescente aún, publicó un pequeño libro de versos, "Cromos" (1901), pronto seguido por "Lucila" y "Poemas de Color" (1902). en que su sensibilidad artística mostraba ya la firme línea personal que se acentúó en "Las fuentes del camino" (1909) y "Naranjo en Flor" (1912), editado este último en Madrid.

De sus escritos en prosa, — cuentos, impresiones de viaje, crítica, — reunió algunos en el volumen titulado "El balcón de la vida" (1911), y editó en folletos "Gentes honradas...", "El dolor en el teatro", y otros.

Obtuvo sus más sonados triunfos como autor dramático Escribió celebrados sainetes, como el popularísimo "!Qué calor con tanto viento!", y obras de verdadero mérito artístico: "El campo alegre", "La flor del trigo", etc. Su poema rústico en tres jornadas "Canción de primavera" se considera como uno de los más justos éxitos del teatro poético argentino, a cuyo desarrollo contribuyó con otros dos dramas en verso, "La flor silvestre" y "Canción de invierno".

Dejó Maturana numerosos escritos y poesías inéditas, destacándose entre estas últimas su inconcluso poema "La vuelta de Sócrates", publicado por la revista "Nosotros" en el primer aniversario de su muerte.

Después de resistir serenamente la cruel enfermedad que le tuvo en cama durante más de un año, falleció en Córdoba el 7 de Junio de 1917, a los 33 años de edad.

"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ DE MATURANA

Canción de Primavera

POEMA RÚSTICO EN TRES JORNADAS

Precedido por notas críticas sobre
el teatro poético argentino



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, AV. DE MAYO 638, BUENOS AIRES
1920

José de Maturana y "Canción de Primavera"

(NOTAS CRÍTICAS) (1)

I.—José de Maturana, el autor de "El campo alegre" y de "Las fuentes del camino", es uno de los poetas más grandes de América.

A raíz de la aparición del libro "Gentes honradas". decía un reputado crítico en una importante revista de Buenos Aires, lo siguiente:

"He aquí que estamos frente a un intelectual que es un apóstol cuando debería ser un trovador, porque está en la edad en que se canta a las rosas y a las melancolías. He aquí que estamos frente a un hombre infatigable, que hace versos bravos y buenos, hondas prosas de literatura y de sociología; que ya ha estrenado múltiples comedias, que ha dirigido periódicos, que publica libros, que es orador...

"José de Maturana es un labrador de fuerzas y de voluntad, que se inició en la lucha casi, puede decirse, al mismo tiempo de iniciarse en la vida, cuando aun no tenía bigote ni novia, hace diez años aproximadamente. Es un luchador de sangre vasca por temperamento, y un artista también por temperamento; habría, pues, que juzgarle bajo esa doble faz y juzgarle hondo, porque Maturana ya es una realidad, así hable o escriba, así haga versos o prosas, en dondequiera que se piense para el arte y para la humanidad.

"Maturana se ha dado todo a la lucha, como se dan las rosas al sol. Revolucionario, no por exhibición, pero sí por conciencia, afrontó de lleno persecuciones antes e ingratitudes ahora, aquí y en Europa, más fuerte y

---

(1) Todos los juicios críticos que figuran en este prólogo se han publicado en la prensa de Buenos Aires y Montevideo.—(N. de la primera edición).



más estudioso cada día. Su paso por la redacción de "La Protesta" fué un reguero de luz y lo marcó con gotas de sudor, destacándose como uno de los que conocían más a fondo el movimiento obrero. Orientó."

Otro ilustrado escritor, don Julio R. Barcos, ha dicho en "El País", de Buenos Aires, comentando el libro "Las fuentes del camino":

"Maturana es, entre los poetas que gozan de reputación y popularidad en la América hispana, uno de los más jóvenes. Aun no alcanza a los treinta años, y hace ya diez que la crítica europea se ocupaba de sus primeras producciones de adolescente, señalando en ellas los nacientes rasgos acusadores de todo un temperamento de artista. Y algunos años más tarde, el artista surgía triunfadoramente del centro de aquel imberbe principiante con un segundo libro titulado "Poemas de color", que le valió los más altos elogios de la crítica y lo colocó entre los primeros sonetistas del habla española.

"No conozco entre los jóvenes escritores argentinos, a excepción de Manuel Ugarte, un tipo intelectual que como Maturana se haya consagrado más de lleno, desinteresada y valerosamente, a esa vida exclusiva del espíritu que caracteriza a los hombres todo cerebro y sensibilidad, de la falange lírica, en este y en el viejo continente.

"La larga nómina de sus obras—prosa, verso y teatro,—las que pasan de veinte, pudieran dar una idea de la inmensa labor que lleva realizada. Pero quien conoce de cerca su actuación literaria sabe que aquello no representa sino parte de su vendimia; lo único acaso que se ha salvado en medio al torbellino de su vida, de luchas y actividades sin tregua. Maturana se ha prodigado desde la aparición de "Poemas de color", cual ningún otro escritor argentino lo hiciera dentro del país, en todas las formas concebibles: como periodista de fuste y de ilustrada mentalidad en la prensa y en las publicaciones de arte; como orador y conferencista en las asambleas populares, como crítico, cuentista festivo, autor teatral y dentro de poco novelista, según lo promete en el anuncio de sus obras nuevas, y en el fondo de todo ello, invariablemente, como defensor incorruptible de la causa del pueblo, siendo para los desheredados un heraldo de la Esperanza, un reivindicador de la Justicia. Y el pueblo lo ama con la

ruda sinceridad de su corazón salvaje, voceando en la explosión de sus afectos su nombre a todos los vientos de la gloria."

II.—José de Maturana (¡cuántas bellas lecturas te hará evocar este nombre, lector!) ha sido y es, por gracia y fortuna de su inagotable ingenio y valimiento intelectual, todo lo que puede llegar a ser un hombre de letras: poeta, dramaturgo, comediógrafo, sainetero, orador, cuentista, prosador humorístico a veces y otras hasta doctrinal, según la vena de su sentir literario; y para serlo todo, su pluma también se ha entintado en las mesas de las redacciones, donde unas veces ha dicho con valentía su parecer, como en los buenos tiempos de "La Protesta", y otras, ya que no con el coraón sangrando generosamente sobre la cuartilla, con esa gallardía estética de forma y esa cordura ética de fondo, que son los más limpios blasones de su prosa periodística. Pero José de Maturana (¿no es cierto, lector, que este nombre es hecho como para grabarse eternamente en la memoria de todo el que lo lea?) ha sido periodista porque la vida con sus luchas en unas ocasiones y con sus exigencias en otras así se lo ha impuesto; y por estos o semejantes motivos también ha escrito para el teatro, precipitadamente sin medir tal vez a plena conciencia y ante la radiación de la más clara luz del raciocinio—acaso sea un decir antojadizo que en mala hora se me ocurre—la hondura del foso que agazapado bajo las tablas del escenario acecha malévolo y traidor a quien sobre estas se presenta con un bagaje improvisado, en cuya factura no pusieron el amor y la dedicación absolutos su sello de pureza y de sinceridad. No quiero decir que José de Maturana, siendo quien es y poseyendo como posee una capacidad tan vasta, haya engañado a las esquivas carátulas con artes de vendedor de baratijas; no quiero ni podría decir esto. Van por otro rumbo mis opiniones, que quizá resulten a la postre imaginerías de ningún valor crítico. Pero si te place conocerlas, lector, una línea más abajo las encontrarás.

Helas aquí:

He dicho antes que José de Maturana lo ha sido todo

en literatura, pero me faltó añadir que ante todo y por sobre todo ha sido poeta; tan poeta, que de los jóvenes que pulsaran la cuerda lírica en esta tierra de vates abortados y poetastros grafómanos (no he querido nombrar a todos, que conste por lo que torcidamente pudiera interpretarse) muy pocos pueden, con legítimo derecho, llamarle hermano: hermano en la sacra devoción por el sonido, en la orfebrería de la ritma y en la plasticidad magnífica que forman los renglones cortos cuando se aparejan sobre el castizo y sonante trozo del pentágrama de su nombre. Y si estas afirmaciones no llegaran a convencer a alguno de esos muchos incrédulos maldicientes que acostumbran a leer letras de imprenta, aquí va un consejo: que lea—sin tocar siquiera "Las fuentes del camino", donde no todo lo que el índice marca es oro y ni tampoco argentería—dos poemas que se publicaron en una revista de mucha circulación, "El milagro del jardín", que es un milagro de euritmia y de verbo deslumbrante, y "El romance de las manos", que es un romance digno sólo de ser leído por los ojos de las bellas cuyas manos allí se ensalzan; manos que merecerían, por bien cantadas, la dignidad de orlar con rosas la frente del poeta que supo idealizarlas entre el engranaje de unos versos que parecen guantes de fina seda o encajes de aquellas mangas que usaran las infantinas de otro tiempo.

Y pues que José de Maturana ha disfrutado de esa facultad que a tan encasos contemporáneos conceden las Gracias, ¿por qué, me pregunto, no la lleva al teatro, ajustando al diálogo la rima o el asonante que musicaliza el lenguaje y lo renueva y hermosea?

Esta era la conclusión a que mi empeño de semiiconoclasta se proponía llegar: José de Maturana, poeta dramático. Nada de periodismo, que agota; nada de oratoria, que infatúa; nada de menudos cuentos y bagatelas para revistas populares, que sólo se proponen halagar gustos de baja gentuza; nada de sainetes de "conventillo", que a lo sumo serán juzgados benévolamente por un criticuelo cualquiera; ¡nada de lo anterior, José de Maturana! Sólo los versos; esos pueden quedar. Tienen hasta derecho de posteridad.

Lo ha sido todo, ¿no? Pues debe ser sólo aquello que esperan los selectos de nuestro ambiente, que no se han aventurado todavía a lanzar ningún nombre:

el poeta dramático del teatro nacional; y no un Martín Coronado más, sino el "Poeta".

En sus manos está, si la voluntad no le traiciona.

Así irá él donde quiera... ¡hasta la misma gloria, que es el asilo de los que saben y pueden y quieren triunfar!—Ruy de Lugo-Viña.

III.—Un gran triunfo de poeta alcanzó don José de Maturana con su poema rústico "Canción de Primavera", puesto en escena por la compañía del Apolo.

El público pasó dos horas de intenso deleite, oyendo los versos inspirados, nítidos y de armonía arrobadora que constituyen los tres cantos de esta obra, que es una verdadera excepción dentro de la dramática argentina.

No se trata sólo de un trabajo que se ajuste al cartabón de las obras en verso que fincan todo su éxito en la tirada o en el preciosísimo literario de los diálogos. Hay en ella acción, caracteres, pasiones y verdad, dentro de un idealismo admirable exteriorizado por un alma de poeta.

"Canción de Primavera" no es propiamente una obra argentina, ni por su estilo ni por su lenguaje.

El autor parece haber abrevado su inspiración en los poetas bucólicos clásicos. Todas sus escenas son de una ingenuidad virgiliana y casi todos los personajes recuerdan a los pastores de Garcilaso.

La égloga sobra un vigor plástico conmovedor. Su exteriorización verbal, realizada en diversos metros, resulta el alarde técnico de un conocedor de su idioma en los más recónditos secretos de la musicalidad, del hipérbaton rotundo, de la metáfora simple que entraña un concepto y de la gracia poética.

Era aventurado presentar una obra de tal índole ante el público impermeable de los teatros nacionales, que sólo gusta del trato de hechos y no de palabras, por más hermosas que éstas sean.

Las primeras escenas de "Canción de Primavera" sorprendieron a los concurrentes del Apolo. El decasílabo, en su ritmo clásico y en su sintaxis netamente castellana, sonaba a cosa extraña; luego el romance, con su música acariciante, se adueñó por completo de

la atención del auditorio, y al final del acto una clamorosa ovación saludó a los intérpretes.

El segundo acto produjo aún mayor impresión. En su entusiasmo el público llegó hasta pedir el bis de una tirada que dijo con noble acento el actor Fuentes.

"Canción de Primavera" tiene un asunto vulgar, tratado en infinidad de obras populares.

Los amores de un gañán con la chica de un predio manejado por un tiranuelo rural, que a la vez está prendado de esa chica, no constituye ciertamente nada nuevo en el teatro. Pero por sobre el episodio sentimental hay un concepto de rebeldía valientemente expresado y un sentimiento hondamente sentido. La lucha entre el patrono y los labriegos impresiona por la verdad como se encara el conflicto; el conflicto de amor es una lógica consecuencia de tal lucha, que culmina con la huída de los protagonistas y de los demás labriegos, que dejan las parvas a medio alzar para ganarse el sustento en otras regiones.

"Canción de Primavera" es un canto al amor sin limitaciones y al trabajo sin tiranías.

La interpretación, dentro de lo relativo resultó encomiable. Nuestros actores no ejercitan su dicción. Casi todos ellos tienen muy limitado el sentimiento del ritmo. Manejan mal los alientos; su prosodia es deficiente por falta de disciplina. Sin embargo, supieron dar relieve a muchas escenas y entraron en las situaciones poéticas de la obra gracias a la intuición más que al estudio del idioma.

Se destacaron en primer término las señoras Tesada, Ghio y Viera, y los señores Fuentes, Battaglia, Brieva y Gutiérrez.

Las decoraciones contribuyeron mucho al efecto visual de la obra y a la plasticidad de las escenas del primer acto.

Al final tuvo que salir varias veces al proscenio don José de Maturana, rodeado de los actores y en medio de las ovaciones entusiastas del público.—"La Nación".

IV.—Llegamos a la sala con un mal presentimiento. Nuestro público, nuestro teatro, nuestros actores... Eso de correr la aventura de un poema rústico en tres actos y a puro verso, ante una concurrencia que tiene

el paladar mal acostumbrado, en un teatro que recién se inicia y con unos actores como los nacionales...

Por sobre todo, naturalmente, nos infundió confianza la personalidad del autor, ya fogueado en estas lides de la escena y que puede citarse, por su laboriosa tenacidad, como un modelo entre nuestros autores. Maturana ha dado mucho al teatro y ha dado mucho a la bibliografía; es un viejo triunfador a los treinta años.

Sólo que—poeta más que nada—el público conocía al técnico teatral o cuando mucho al poeta de las estrofas impresas, al hábil forjador de filigranas, al impenitente enamorado de la rima. La reacción actual, que en hora buena nos viene del otro lado del océano, no podía tomarle desprevenido; hay que reconocer en Maturana méritos sobrados para iniciar esta era del teatro poético entre nosotros.

Y se levantó el telón ante una sala bastante concurrida; el público de ordinario, con más un crecido número de hombres de letras. El decorado impresionó favorablemente; una casa de campo medio oculta por un parral cuajado de racimos. Pero la atención se reconcentró por entero en una música extraña, que hablaban los personajes de aquel cuadro primaveral...

La confianza renacía en nosotros. Temíamos, porque eso está descartado en toda aventura, pero temíamos también porque una derrota en este caso hubiera sido un atentado a la belleza, una desilusión para nuestros sentimientos de artista.

¿Drama? No; ya lo dice el libreto un poema rústico, un himno de gloria a la vida, a todo eso que irradia bajo la luz del sol, en la inconmensurable soledad de los campos. Se experimenta la sensación exacta del ambiente que ha querido retratar el autor; hay sabor de égloga en ese cuadro, caliente olor de heno, ardorosos reflejos de trigal; poesía, mucha poesía...

El asunto es interesante, como todo asunto de amor y acaso lo haga más interesante su propia sencillez. Dijérase que no podría ser otro en aquel cuadro y con aquellos personajes. Y se desarrolla así, al correr de las horas, como se desarrolla la labor diaria de la cosecha, mientras las parvas crecen y el esfuerzo del brazo hace multiplicar el tesoro incalculable de las espigas.

María Rosa ama a Jacinto, pero es acosada por don Teodoro, el tiranuelo ensoberbecido del pueblo. Se

quedará con su amor, como ha logrado quedarse con las tierras del padre, a no interponerse la pasión de Jacinto por la campesina.

Eso es todo, y a cuyo derredor ha sabido Maturana trabajar un magnífico marco de flores. El verso fluye sonoro en el reparto de las uvas, llano en el romance, bellamente musicalizado en la tirada decasílaba de la canción del viejo.

El primer acto fué escuchado en un silencio de observación. No sonó un solo aplauso, como si la concurrencia se hubiera quedado encantada en la contemplación de aquellas escenas de idilio pastoral y oyendo aquellos versos. Y al final estalló en una salva, sugestionada por un toque de arte tan dulce, tan sobrio, tan del momento, que bastaría para afirmar la reputación de un autor y determinar el éxito de una obra. Jacinto y María Rosa escuchan la canción del boyero que pasa y se pierde a lo lejos...

A partir de entonces, respiramos. Los actos siguientes transcurrieron en medio de una verdadera ovación, interrumpiendo el público las escenas para pedir la salida del joven poeta. Maturana ha volcado su corazón en la obra; es el lírico que todos conocemos, que pasea su gesto trágico por ahí, que no se intimida ante el peliggro de correr estas aventuras.

Obra honrada de buena ley, así ha sido su triunfo: ni provocado ni rebuscado. Y eso que, sin torcer la acción del poema, tiene situaciones que él autor pudo haber aprovechado para exagerarlas y granjearse la buena voluntad de cierto público...

El segundo acto es la verdadera canción del trabajo rudo de nuestras llanuras. La parva a un lado, cerca la trilladora, los peones esperan jadeantes el toque de campana, que en aquel predio suena muy rara vez. Todos empuñan la herramienta, cantando y charlando, como si también fueran a participar de ese festín que le han deparado a don Teodoro los pródigos trigales.

..."Bien merece un recuerdo el pobre paisano que inventó la horquilla..."

Y se destaca del conjunto, como la figura venerable de un apóstol, la augusta vejez del maestro de escuela. Es un niño con canas, una primavera temblorosa que aparece como una bendición entre el paisaje rústico, entonando en cada frase la canción de la verdadera vida. Sus palabras suenan como escapadas del Evan-

gelio: "Sed buenos...—dice—; la tristeza no está en la noche de la Pampa, sino en el alma de los que ya no pueden amar..."

Su canción, en boca del actor Fuentes, estuvo tal como suponemos que la ha concebido Maturana. Fué un derroche de poesía humana, llena de nobles preceptos de vida, que el público supo premiar varias veces con aplausos atronadores.

Y a salto de mata, en el deshilván de esta crónica, llegamos al cuadro último, el más difícil de todos. Es la casa del primer acto, en la soledad de la noche, bajo el relampagueo de la tormenta, cuando los peones están liando sus ropas para irse a trabajar en otro pueblo.

Jacinto habla de su amor a María Rosa, le ruega que le siga a través de la Pampa para iniciar una era de felicidad allá lejos. Es el cuadro más intenso del poema, que acaso pudo hacer peligrar la interpretación, pero que triunfó desde el primer instante por su seductora belleza. El porvenir habla por la boca inspirada de Jacinto. y ella está ansiosa de ese amor que no tiene cláusulas ni sanciones: a vivir, como los jilgueros...

Y cuando se interpone desesperada la hermana de la joven, la venerable figura del anciano maestro señala en la noche del campo la senda luminosa de la felicidad. ¡Que se vayan, que sean buenos!

La interpretación, en fin... Hay que tener en cuenta lo que hemos dicho antes; se trata de un poema en verso de varias medidas. La señora Tesada, si en un principio exageró un tanto su papel, demostró en toda la obra poseer cualidades meritorias para esta clase de trabajos. Un poco más y habrá ocupado en el teatro que se inicia el mismo puesto que por sus méritos indiscutibles ha ocupado en el que cultiva.—"La Razón".

V.—Se necesitaba una gran fe en la propia obra para llevarla, dado su estilo, a un escenario nacional. Teatro en verso; teatro en castellano casi del siglo XVI, con sintaxis un tanto culterana, con ritmos difíciles por lo insospechados para la dicción tartamudeante de los actores aborígenes o que viven de tales.

El drama poético ha tenido pocos cultores entre nosotros. Don Martín Coronado ha hecho dramas en verso, pero respondiendo más al sentimiento romántico del autor que a la necesidad de encerrar los asuntos en la rima y el ritmo, como un derivativo espiritual de la idiosincrasia de los personajes.

"Canción de Primavera" no podía ser escrita más que en verso y ajustando las características de cada tipo a un ritmo personal que vendría a ser algo así como el "leit motiv" wagneriano.

El último trabajo poético de don José de Maturana, digno de ser recitado en el Español de Madrid por actores que tuvieran la dicción y el sentimiento de la musicalidad de nuestro idioma, constituye un éxito para la compañía de Guillermo Battaglia. Es el colmo del éxito, si se medita que esos actores no conocen el idioma, ni el valor de las palabras, ni saben dónde está el efecto ortológico de las mismas. Y aunque al principio de su carrera artística hubieran llevado ese conocimiento a las tablas, habríanlo perdido a fuerza de no cultivarlo o de pervertirlo en la bárbara jerga en que se escriben casi todas las obras nacionales.

La temporada de Pablo Podestá en el Moderno marcó ya una evolución favorable en el sentido del respeto al idioma, respeto que continúa manteniéndose en el Nuevo, donde se han representado obras escritas con una pulcritud encomiable, como "La mancha"; y en el mismo Apolo "El festín de los lobos" y "La cruz" marcaron una evolución en el amor a nuestra admirable lengua.

"Canción de Primavera" acrecentará su éxito a medida que los intérpretes sientan la música interior de las palabras que pronuncian. Anoche, sin embargo, obtuvieron el aplauso desde el primer acto.

Pero en realidad el triunfo es del autor... y del público del Apolo, que supo gustar un plato tan distante del "menú" diario como está Cocoliche de Segismundo o de don Alvaro...

"Canción de Primavera" fué puesta en escena con decoraciones muy vistosas.—"El Diario".

VI.—Bajo el modestísimo título de "Canción de Primavera", don José de Maturana estrenó su última obra,

un poema rústico en tres actos, de una hermosura de lenguaje y tal dignidad lírica, que ello sólo bastaría a considerar "Canción de Primavera" como una de las más bellas obras teatrales que se han escrito y escribirán entre nosotros, si al par de ser tan encomiable la labor del poeta, su destreza el dominio de su instrumento, la habilidad del versificador, no fuera su trabajo teatral, el desarrollo escénico del poema, una muestra concluyente de su maestría, una prueba definitiva del autor dramático tan sobrio y artista que es don José de Maturana.

Los tres actos son de una concisión acabada, de una redondez de contornos que no admiten ni una escena más ni una palabra menos. Y en todos ellos la acción corre con tal agilidad, que la sensación de vida y naturalidad es perfecta.

Luego, toda la obra está construída con un designio de probidad intelectual y artística que realmente alegra y reconcilia con nuestros productores de obras dramáticas, cuidados casi siempre de otras cosas bien diversas que llegar, por medios tan dignos, a producirnos emoción—¡y ya se sabe de cuál género!—, nunca del género de emociones que la obra de don José de Maturana contiene, que nos elevan: como esa magnífica canción del trabajo que nos pone en boca del maestro o algunos diálogos y situaciones que nos estremecen o nos conducen a una dichosa placidez. He ahí la bondad primordial de la obra: su alta virtud emocional.

El argumento de "Canción de Primavera" es simple, pero en extremo interesante. Acaso podrá deducirse que el episodio que constituye la obra es asunto conocido, pero si es vulgar, lo es tanto como lo son todas las pasiones. El autor no ha pretendido mostrarnos sujetos extraordinarios, y los personajes que se mueven en la obra han sido destinados por un espíritu optimista a cantar la vida, el amor, el trabjo, la tierra, la libertad. Y en verdad que realizan el designio del artista de un modo noble y tan elocuentemente, que el autor logra convencer tanto al sabio como al inculto espectador.

Tal labor honra a quien la ha llevado a tan feliz término, y presta títulos a la mejor consideración al teatro que la ha revelado al público. Y éste, el público de los teatros nacionales, también ha cobrado prestigios;

lo hemos visto aplaudir un verso, un bello gesto lírico, y el aplauso fué tan espontáneo y tan compacto que se adueñó de nuestro respeto.

La compañía Battaglia hizo un gran esfuerzo por representar con esmero la obra. Los actores, salvo excepción del primero y algunos defectos de la primera actriz, estuvieron muy correctos. Fuentes hizo una creación en extremo digna de aplauso de su papel del maestro.—"La Gaceta de Buenos Aires".

VII.—No cabe duda que el poema dramático tropieza con dos grandes inconvenientes para realizar una obra que por su género encuentra, por regla general, un eco débil en el público. Son estos inconvenientes dos valores artísticos difíciles de equilibrar: la exaltación lírica en primer término, y por otro lado, lo que podría calificarse de parte positiva o neutra, en que la versificación, pura y simple, ocupa el lugar del instante eminentemente poético.

Equilibrar ambos valores a fin de que el diapasón que vibra en sentido de verdad y de arte no corresponda a una nota falsa es una tarea que exige en el artista más habilidad que exaltación, y esta habilidad se manifiesta, como sucede en "Canción de Primavera" en una sencilla coordinación de los pasajes versificados con aquellos en que José Maturana se entrega por completo a la descripción poética.

Creo con sinceridad y sin temor de equivocarme, que "Canción de Primavera" es la mejor obra poética que se ha escrito en el teatro argentino. Hasta ahora las obras de ese género han sido, entre nosotros, simples dramas versificados, a la manera, por ejemplo, de "El gran galeoto" de Echegaray, pero no podría calificárseles de obra poética, como lo es de extremo a extremo el poema rústico de José de Maturana.

Con "Canción de Primavera", Maturana comienza su verdadera obra en el teatro. Este es su género y no debe distraerse en otro.

Ha escrito y ha realizado lo que se ha propuesto: hacer un poema con sabor de égloga moderna; una verdadera canción a la vida. Para lograrlo ha puesto al servicio del propósito sinceridad, sencillez y frescura: sinceridad en el espíritu del poema, sencillez en

las incidencias dramáticas y frescura en las ideas, en los sentimientos y en la forma.

¿Qué más puede desear para su propia satisfacción un poeta que se inicia con fuerzas tan personales en un género singular en nuestro ambiente artístico, como lo hace José de Maturana? Vencidos los obstáculos que ofrece el género, el autor de "Canción de Primavera podía cultivar el teatro poético con mano segura, pues esa seguridad de forma y de espíritu, que revela en esta primera obra, vaticina para el futuro una producción sólida y de un honesto mérito artístico.

El estreno de "Canción de Primavera", dentro de la línea general de nuestra producción dramática, ha sido hasta cierto punto una sorpresa, al par que una satisfacción artística. A pesar de los antecedentes que como poeta y escritor tiene el señor de Maturana, era más de presagiarse una obra bien intencionada que mejor realizada, y precisamente es base de nuestra sorpresa la encomiable realización artística.

En "Canción de Primavera", el autor tiene una visión amplia y elevada del ambiente rústico en el que el drama se realiza y sabe dar la nota descriptiva con un lenguaje cuyo léxico es ajeno al mismo ambiente. Logra así echar por tierra la antojadiza teoría de que la palabra debe corresponder directamente al ambiente que se describe a trueque de falsear la pintura del medio.

Maturana, poeta objetivo, tiene la condición primera para el teatro poético; ella le permite realizar los caracteres, fundir la acción en una sola pieza y dar el colorido descriptivo del ambiente, con el equilibrio necesario para el éxito.—"Ultima Hora.—**Samuel Linnig.**

VIII.—La nueva obra del autor de "El campo alegre" y "El balcón de la vida", ha sido recibida con grandes aplausos por el público.

"Canción de Primavera" es una obra de intenso mérito literario y escénico. El final del primer acto deja la impresión de una escena campera encantadora. Dos jóvenes enamorados, al caer la tarde, hablan de ensueños, y por el camino a la chacra, marcha una carreta rumbo a la estancia vecina. El carretero canta una

canción tierna y doliente que se oye a lo lejos como un "hosanna" al amor en camino del triunfo. La canción puesta en labios del viejo maestro, constituye el éxito del segundo acto. Es un canto al trabajo, a la vida, a la dignidad del hombre, a la altivez de las frentes de los que siembran, de los que cosechan para otros, después de la faena ruda en que la fatiga domina y las energías se gastan.

Los conflictos de la obra están encarados con fidelidad, los caracteres son firmes y reales, la trama está conducida con sobriedad, y por arriba del episodio sentimental resplandece un claro concepto de independencia, valientemente expresado y hondamente sentido por el autor.

José de Maturana ha puesto en juego tres elementos que apoyan el triunfo de su obra: su dominio de los resortes escénicos como dramaturgo, su inspiración como poeta y su conocimiento del idioma. — "La Prensa".

IX.—El teatro poético contemporáneo, floreciente en la actualidad en Francia con Edmundo Rostand; en España con Marquina, Del Valle Inclán y Villaespesa, y en Italia con D'Annunzio y Sem Benelli, no ha podido marcar una tendencia definitiva que implique la imposición absoluta de una escuela, aunque lo haya conseguido parcialmente como adopción de nuevos preceptos de estética. La poca seguridad que demuestra en sus avances el teatro poético contemporáneo. se debe únicamente a las divergencias del medio. Las teorías materiales implantadas por la dominadora civilización inglesa, han creado un nuevo orden de preocupaciones en pugna con las elevadas tendencias del arte.

A las imposiciones materialistas debemos, que desde hace algunos años se sienta el peligroso avance de la antiestética. La vertiginosa y múltiple vida contemporánea ha cuidado muy poco de las formas, preocupada siempre y en absoluto del fondo, como si por razones de igualdad no merecieran las mismas preocupaciones ambas cosas. La belleza se consigue aparejando la unidad de la forma, con la robustez del concepto que la rellena, y precisamente este fué el flaco

donde más se resintió el naturalismo reinante en la época en que los parnasianos emigraban al Olimpo.

José de Maturana, lírico por temperamento, como lo ha demostrado en "Las fuentes del camino", ha entregado al teatro nacional un poema rústico, titulado "Canción de Primavera", primer ensayo de las nuevas tendencias del teatro poético.

Un asunto sencillo, que emana únicamente de nuestro medio materialista, desde que a la nota pasional se une la nota de una rebelión económica, informa el poema rústico de José de Maturana. La nota dramática da margen a que el verso aparezca fortalecido por un empuje de fiereza en ciertos pasajes, principalmente cuando el choque de las pasiones se presenta.

Al iniciar "Canción de Primavera" el verso un tanto apresurado y fragmentario, está pobre de sentimiento, quizá por la razón de que la algarabía bullanguera de la gente le quita la fuerza emotiva que debe ser inherente al verso. Sin embargo, la impresión desagradable que deja es pasajera. Cuando la escena es simbólica, aparece el poeta, dando en las tiradas sencillas una dulce armonía adecuada a la situación teatral.

El primer acto no presenta mayor interés hasta las últimas escenas.

Los dos personajes centrales de la obra, Jacinto y María Rosa, reclaman en una comunidad espiritual la glorificación del amor, precisamente en la dulce hora crepuscular, apropiada a las oraciones sentimentales. Escena pletórica de poesía, puesto que significa la representación del amor. Mientras las almas se entretienen en coloquios amorosos, el canto lejano del boyero errante que cruza la Pampa incomensurable, al armónico compás de los quejumbrosos chirridos de la carreta, satura el ambiente de una infinita poesía.

El segundo acto, como nudo del poema, presenta mayor fortaleza. Los personajes, bien delineados, expresan ampliamente sus sentimientos. Pero todo queda empequeñecido ante la belleza del canto del maestro, simbólicamente hermoso. Lo más bello de la obra de Maturana es el canto que enaltece la sabia riqueza de la madre tierra, proficua en mieses por

los desheredados de la riqueza material que la riegan con la donación del sudor amargo.

Ciertas partes excesivamente prosaicas se salvan con otras hermosamente líricas. Una serena poesía descriptiva, con símiles robustos, aparece en el segundo y tercer actos.

El asunto se desarrolla sobriamente hasta llegar al desenlace, pletórico de sentimiento, que sirve al poeta para dar al verso una armonía justísima y apropiada.

"Canción de Primavera" es una bella realización, aunque Maturana, cuidando la forma, ha llegado a sacrificar el fondo, que se presenta sencillísimo y escueto.

No hace mucho tiempo, un crítico de fuste, y escribiendo a propósito de "El martirio de San Sebastián", de Gabriel D'Annunzio, al hablar de la interpretación que hiciera Ida Rubistein, lamentó que el poeta hubiera entregado la figura del mártir a las desproporciones de renacuajo de una cómica de la decadencia. Igualmente podemos exclamar nosotros sobre la interpretación de "Canción de Primavera". El verso fué sacrificado lamentablemente por la ignorancia de los intérpretes, en lo que se refiere al recitado. Las dos principales figuras de la compañía fueron las que más se distinguieron por el ensañamiento que demostraron al perpetrar el horrible atentado al verso de José de Maturana. Angela Tesada, que durante tanto tiempo ha proclamado ante la humildad de ciertos cronistas incapaces de sostener su integridad las elevadas condiciones de su arte interpretativo, ha hecho lo que siempre hemos notado, gimotear ridículamente el desventurado papel. Monomanía que han querido pasar desadvertida los elevadores de las falsas reputaciones.

El único entre el montón heterogéneo de cómicos que ha puesto algo de su arte al servicio de su papel, ha sido Adolfo H. Fuentes, que ha conquistado los aplausos, gracias a su serenidad interpretativa.

La obra de Maturana, a pesar de todos sus sufrimientos inquisitoriales, tuvo por parte del público el calor del aplauso espontáneo.—E. V.—"Tribuna".

X.—Si otros méritos no tuviera el drama de Maturana estrenado en Cibils, por la compañía Arellano, tendrá para siempre la indiscutible gloria de haber iniciado en el teatro llamado criollo una corriente que tienda a ennoblecer un género que hasta el presente sólo había dado mezquinos y deleznables frutos. Es claro que de estos calificativos descontamos las bellas y fuertes creaciones de Florencio Sánchez, pues refiriéndonos al género cuya bella muestra nos dió Maturana en su "Canción de Primavera", no podemos establecer comparaciones con las obras campesinas del autor de "M'hijo el dotor". Maturana no tomó de otra obra criolla ninguno de sus elementos. Poeta ante todo, idealizó el ambiente y los personajes, refinando las psicologías de éstos, poniendo en sus labios una parla florida y castiza, llena de metáforas deslumbrantes. Por estas mismas causas, las comparaciones estarían fuera de lugar, pues no hay en el teatro rioplatense ninguna otra obra que pueda haber inspirado la pieza en cuestión.

"Canción de Primavera" es, por todas esas causas. más que todo, una bella obra poética, superior más por su forma y por los conceptos que expresan sus personajes, que por el interés de su desarrollo, la verdad escénica y la realidad e intensidad de la acción.

Son los versos fluidos y bien cortados precisamente, los que salvan la pesadez de algunas de sus escenas. El rumor armonioso de la poesía halaga el oído y hace olvidar la languidez de la acción que, en el primer acto sobre todo, es remarcable.

"Canción de Primavera" es un idilio de amor alrededor del cual se mueven algunas figuras que resultan secundarias en el desarrollo de la acción, sobre la cual resaltan las dos figuras de los enamorados que entonan un himno de pasión y de libertad. La injusticia social, de la que son víctimas los campesinos, es la misma injusticia que quiere trabar, con su prepotencia, las alas al amor de María Rosa y de Jacinto.

La verba fogosa del poeta pone en boca de los oprimidos viriles y bellos acentos de rebeldía que son una depreciación colérica contra la opresión y un himno glorioso al trabajo y al amor... El autor ha sabido enlazar estos dos elementos simpáticos en un armonioso maridaje que, idealizando el conjunto, da

a la vaga apariencia de realidad que mueve a los hombres, a las cosas del drama, un relieve de símbolo... Es por esto que la obra es simpática; es porque el poeta no deja nunca de ser poeta; es, en fin, porque hay una gran sinceridad en el concepto creador de la producción, que el pueblo aplaude y "vive" la vida ideal de los personajes... — "El Siglo", Montevideo.

XI.—En el Cibils estrenóse la última producción teatral de José de Maturana, titulada "Canción de Primavera".

Maturana es un poeta vigoroso, de sana contextura moral y de espíritu caballeresco, a la manera española de la época heroica.

Sus poesías, de factura artística muy cuidada, se caracterizan por la nobleza de sentimientos que constituyen su fondo.

Amante de la vida como el que más y siendo poeta, su optimismo, sin arribar al del doctor Pangloss, para quien el mundo era el mejor de los posibles, es generoso, simpático, comunicativo. Sus clamores viriles incitando a la triste humanidad hacia el bien, hacia las virtudes que llaman cristianas y que antes lo han sido de todas las religiones siendo en sí naturalmente humanas, tienen algo de apocalíptico. Algo así como un Isaías "á rebours".

En "Canción de Primavera" el poeta ha resumido sus teorías, y ha cantado al amor, al trabajo, a la libertad, con entusiasmo algo ingenuo, aunque con una altura y generosidad de miras muy encomiables.

Descartarse del pesimismo que reina en literatura, no contagiándose del escepticismo filosófico que elige sus principales víctimas entre la gente de pluma, para cantar a la vida, cuando cada día se muestra más austera, más amarga y más difícil, constituye en estos tiempos que pasamos un acto de heroísmo inusitado, bello por la forma en que ha sido hecho y admirable por el fondo que encierra.

La humanidad de Maturana en su obra no es la que puebla los campos, los sentimientos que ella experimenta no son los que animan su vida, el lenguaje que habla no es apropiado, mas no importa. El alma del poeta, la acción profética que de ella se des-

prende, el supremo hálito de lirismo que en los versos campea, logran sugestionar en seguida al espectador, el cual, como al conjuro de una varita mágica, acepta como reales, tipos, sentimientos y lenguaje que sólo existen en la ardorosa y altruista imaginación del poeta.

¡Así debiera ser la humanidad de los campos y de las ciudades!

Y francamente hablando, hay momentos en que nos sentimos mucho más inclinados a aceptar como verdaderas las ficciones un tanto románticas de un poeta que las cruentas realidades exageradas de un Zola, por eminente que sea.

Entre "La Tierra" que nos pinta una Francia campesina falsa a fuerza de primar en ella el estómago, base principal de toda la obra del gran maestro de Medán, que no veía al través de sus lentes sombríos nada más que las lacras de la humanidad, y entre "Canción de Primavera", en la que figura la humanidad de las pampas argentinas vestida de color de rosa, nos gusta más ésta, aunque nuestra preferencia hubiera sido por una obra que estuviera en el justo medio, como se definía a Daudet: el punto de transición entre el naturalismo y el romanticismo.

La tesis de Maturana es digna de ser encomiada, exaltada e imitada; pero desgraciadamente, por encima de todas las "canciones de primavera", habidas y por haber, por sobre todas las convicciones que puedan sugerir obras de tendencias tan generosas y los elogios que ella merece a la crítica y al público, la prédica de un poeta será sobre la tierra como una oración en el desierto, un cántico perdido en medio de la baraunda infernal de los humanos que piden pan y placeres, olvidados del ideal, que no come ni conoce goces físicos.

Por eso dijimos que los poetas como Maturana eran algo como el profeta Isaías a la inversa.

No destrucción, ni fuego, ni maldiciones a la feroz humanidad que puebla la tierra, y sí amor, trabajo y libertad.

Hermoso platonismo, que merece nuestro aplauso, pero no nuestra convicción, sin querer dejar sentado por esto que dudemos de su existencia en la tierra.

Esos sentimientos tan inherentes a la vida del hombre, existen, sí, pero no en forma general y expeditiva con que los muestra el vibrante poeta de "Canción de Primavera".

Resumiendo impresiones:

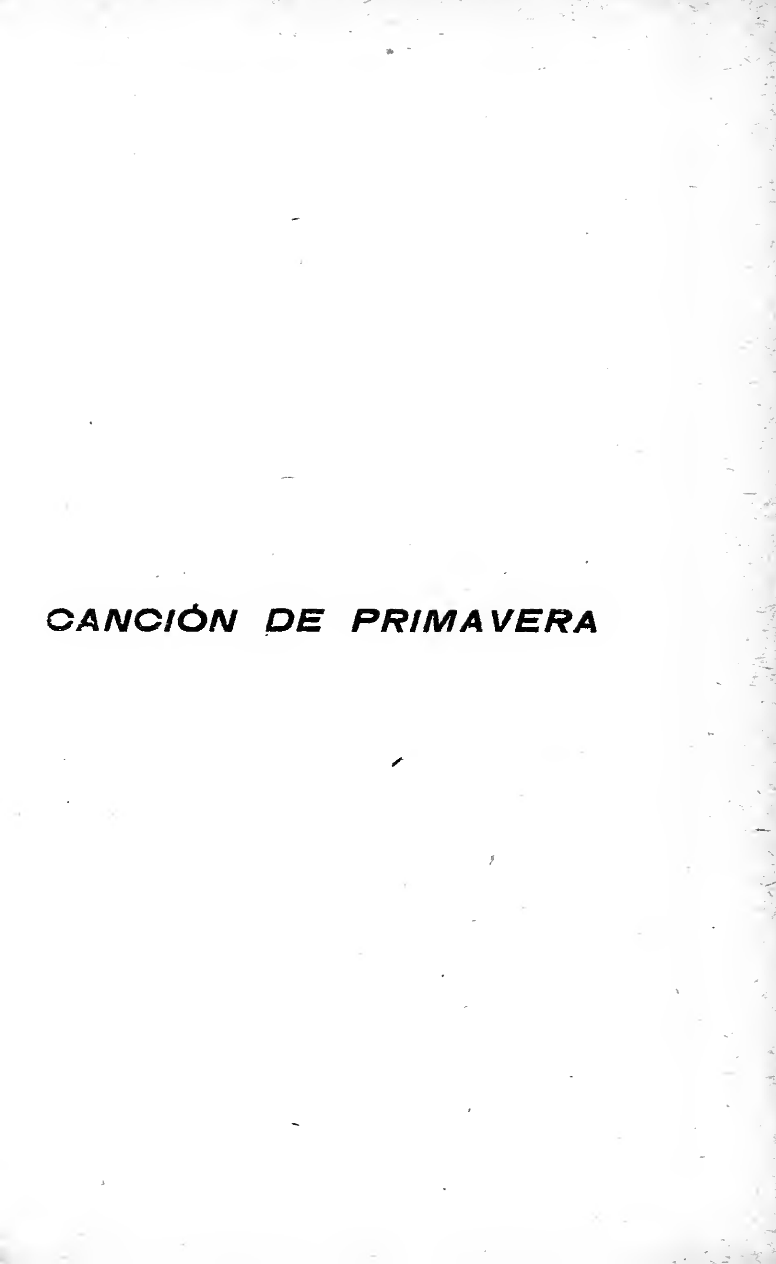
Una obra digna de los mayores elogios por su forma poética encumbrada, por su fondo generoso y por el encanto que sugiere la lucha de sentimientos sencillos, primitivos, nacidos a ras del suelo como las rosadas florecillas de los macachines que pueblan nuestros campos.

María Rosa, que tiene en su nombre el símbolo de la maternidad ideal y el de la flor que lo es de la pasión sensual por excelencia, y Jacinto, flor rústica, de aroma penetrante, que figura siempre en grupos para lograr entidad vital, llevan en sus dos seres resumidos todos los ideales que debieran ser.

Son cestas de flores en marcha cuyas fragancias si no logran contagiar a los humanos les rejuvenecen el sensorio gastado, así como alegra la vida de los caballos sujetos al arduo trabajo de las minas la visión ideal de campos siempre verdes que nunca han de gozar.

Bendito sea el jardinero que sembró en estas regiones americanas todas las flores de esperanza que viven en "Canción de Primavera".

¡Poeta, salve! — **Otto Miguel Cione.** — "Diario del Plata", Montevideo.



CANCIÓN DE PRIMAVERA

FIGURAS DEL POEMA

María Rosa
Margarita
Doña Asunción
Azucena
Juanita
Pepita
Jacinto
Don Teodoro
Don Sebastián
El Maestro
Luisito
Pedro
Moza primera
Moza segunda
Moza tercera
Peón primero
Peón segundo
Peón tercero
Peón cuarto

Campesinos y mozas del pueblo

Epoca actual.

La acción se desarrolla en una estancia, al Sur de la provincia de Buenos Aires.

JORNADA PRIMERA

La escena representa el patio-jardín de una finca rural. Sobresale a la derecha el corredor de un edificio viejo y maltratado por las lluvias, con un espléndido parral, cuyas ramas, vencidas por el peso del fruto, se inclinan hacia el suelo. A la izquierda, formando un ángulo con la verja del fondo, se recorta el galpón, cuya techumbre roja avanza hacia la escena, y en el cual aparecen diseminados en desorden algunos aperos de labranza, bolsas, recados de ensillar y piezas de máquinas agrícolas. La fachada del edificio de la derecha, además de sus puertas correspondientes, tiene una ventana que se abre frente al público, con una profusa enredadera que le sirve de marco y macetas de flores en el antepecho. En los claros de la izquierda cuelgan las ramas de unos sauces llorones, y en los de la derecha tienen nacimiento las opulentas guías de una glicina en flor, que cubre casi totalmente la parte alta del escenario. Al fondo, a todo foro, tras la verja que rodea la quinta, se divisa el campo deslumbrante de vegetación. Hay varias sillas diseminadas sin orden, y un pozo en lugar apropiado. La verja tiene una pequeña puerta que da acceso al campo. El ambiente es florido y lleno de luz. Comienza la acción en las últimas horas de una tarde magnífica, y el risueño escenario, con sus flores, su verdura y su sol, comunica desde el primer momento una suave y encantadora sensación de alegría.

ESCENA PRIMERA

María Rosa; Doña Asunción; Margarita; Azucena; Jacinto; Pedro; Moza primera; Moza segunda; Moza tercera; grupo de campesinos y de mozas del pueblo; grupo de peones en el galpón, jugando a la baraja.

(Al levantarse el telón, Doña Asunción, de pie sobre una escalera, corta de la parra varios racimos que recogen los mozos y las mozas, situados en pintoresca rueda alrededor de la escalera. Un grupo de peones juega en el galpón a la baraja, y Jacinto y María Rosa conversan cerca de la ventana Después de una estrepitosa algazara de risas y de aplausos, Moza primera dice):

MOZA PRIMERA

¡Viva María Rosa, la hermosa,
que hoy cumple años!

MOZA SEGUNDA

¡Y es tan dichosa
como una rosa primaveral!

(Sube el telón.)

MOZA TERCERA

¡Viva María Rosa, la buena!

TODOS

¡Viva, por linda!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Y que Azucena
cubra de flores su delantal!

(Risas y aplausos.)

TODOS

¡Muy bien pensado!

(Azucena, seguida por varias y varios de los circunstantes, toma unas flores que habrá sobre una silla, al fondo; y todos, en medio del mayor entusiasmo, las arrojan al delantal de María Rosa).

MARÍA ROSA

¡Gracias, queridas!
¡Gracias, muchachos! Y que las vidas
de todos, sean flores aquí...

AZUCENA

¡Ahora, las uvas que nos esperan!

TODOS

¡Pronto!

MARÍA ROSA

(A Jacinto.)

Les temo... Si ellos supieran
que es flor de otoño la vida en mí,
tal vez guardasen esta alegría...

(Pequeña pausa.)

JACINTO

¿Cuál es su pena?

MARÍA ROSA

No sé; este día
tiene más sombras mi corazón.
no es primavera lo que yo siento;
parece un triste presentimiento
y algo como una desilusión...

JACINTO

Bueno es guardar la fortaleza,
que es del espíritu suma riqu

MARÍA ROSA

Bueno es guardarla ante el dolor;
pero es tan grande la desventura
de no encontrar más que amargura
cuando soñamos con el amor...

(Continúan la conversación.)

MOZA PRIMERA

¡Venga el racimo!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Que está muy fuerte!
¡Miren! ¡No puedo!

TODOS

¡Qué mala suerte!

AZUCENA

¡Ahora lo corta!

TODOS

¡Sí; ya salió!

DOÑA ASUNCIÓN

¿De quién es éste?

TODOS

¡Todos iguales!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Basta de gritos infernales!

¡Vamos! ¡Extiendan los delantales!
¡La que lo alcance, se lo comió!

(Cae el racimo en el delantal de Margarita, y se produce otra algazara.)

MARGARITA

¡Son deliciosas!

AZUCENA

¿Están maduras?

MARGARITA

Tan doraditas, dulces y puras
como un racimo de paz y amor.

MOZA PRIMERA

¡A mí me agradan si son verdonas!

MOZA SEGUNDA

¡A mí me gustan más las pintonas!

MARGARITA

¡A mí me encantan de este color!

(Poniendo en alto el racimo. Doña Asunción sigue cortando y repartiendo).

PEÓN PRIMERO

(En el galpón.)

¡Vamos! ¡Juguemos!

PEÓN SEGUNDO

¿A quién le toca?

PEÓN TERCERO

¡Qué desgraciada baraja loca!

PEÓN CUARTO

¡No tengo suerte!

PEÓN PRIMERO

¡Tampoco yo!

PEÓN SEGUNDO

¡Van ya diez puntos, y estoy perdiendo!

PEÓN TERCERO

¡Al fin las buenas están saliendo!

PEÓN PRIMERO

¡Juego!

PEÓN SEGUNDO

¡Pues venga!

PEÓN PRIMERO

¿Cuántos?

PEÓN CUARTO

¡Ganó!

(Siguen jugando.)

DOÑA ASUNCIÓN

¡Ahí va un racimo, María Rosa!

MARÍA ROSA

Gracias, no quiero...

MOZA PRIMERA

Está orgullosa
y no nos quiere acompañar...

MARÍA ROSA

Pues bueno fuera que en este día
no agradeciese tanta alegría...

MOZA PRIMERA

(Acercándosele.)

¿No te venimos a molestar?

MARÍA ROSA

¿Quién lo ha pensado?

MOZA PRIMERA

Nadie. Te digo
que cada uno aquí es testigo
de que estás triste...

MARÍA ROSA

Es ilusión.

MOZA PRIMERA

Lo estamos viendo. ¿A qué obedece?

MARÍA ROSA

Si estoy contenta...

MOZA PRIMERA

No lo parece...

MOZA SEGUNDA

(Acercándose.)

¿Es que te duele el corazón?

MARÍA ROSA

Bueno: ya veo que están de broma.

(Se levanta, mezclándose al grupo que grita bajo la parra. Nuevos aplausos y risas)

PEÓN PRIMERO

¡El que la pide aquí, la toma!
Gano tres tantos...

PEÓN SEGUNDO

Bueno, mejor...

PEÓN TERCERO

¿Le canto envido para un "convido"?

PEÓN CUARTO

¡Pierdo hasta el nombre, me he convencido!

PEÓN PRIMERO

¡Flor, compañeros!

PEÓN SEGUNDO

¡Maldita flor!

(Arroja la baraja. Luego siguen jugando con mayor entusiasmo.)

MARGARITA

(Acercándose a Pedro y ofreciéndole uvas de un racimo que lleva).

¡Qué tiempo hacía que en esta casa
no había risas!

PEDRO

La vida pasa
triste en nosotros...

MARGARITA

Es la verdad

PEDRO

Todo alegría y encanto fuera
si don Teodoro no mantuviera
siempre esa torpe autoridad.

MARGARITA

No es nuestro amigo.

PEDRO

Es un verdugo.

MARGARITA

Mi pobre padre sufre su yugo,
y como un niño es para él.
Siempre a estos hombres los tiene en guerra...

PEDRO

¡Y, mientras, ellos labran la tierra,
para que él goce del buen laurel!

MARGARITA

Esta es la hora de su llegada.

PEDRO

Pues que la gente alborotada
y alegre, salga pronto de aquí,
si es que no quiere oir sermones
viejos, y duras sinrazones...

MARGARITA

Que tanto daño me hacen a mí.

PEDRO

Si viene ahora, yo no me quedo.

MARGARITA

¡Oh! Todo el mundo le tiene miedo...

PEDRO

¡Yo no le temo!

MARGARITA

Los otros sí...

PEDRO

Por eso tanta soberbia tiene.

MARGARITA

Verá, si grito que ahora viene,
cómo se quedan todos así...

(Cruzando los brazos.)

DOÑA ASUNCIÓN

(Promoviendo bajo el parral una nueva algazara.)

¡Este es el último racimito!

AZUCENA

¡El más dorado!

TODOS

¡El más bonito!

¡Para mí!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Pongan mucha atención!

TODOS

¡Viva el racimo! ¡Parece de oro!
¡Viva!...

MARGARITA

(Dominando con la actitud el griterío.)

¡Silencio!

TODOS

¿Qué?

MARGARITA

¡Don Teodoro!

(Todos callan como por ensalmo y miran alarmados hacia todas partes. Transcurrida una pausa, Margarita rompe en carcajadas. Luego dirigiéndose a Pedro, que ríe también, dice:)

¿No se lo dije? ¡Qué bendición!
¡Como al demonio temen su ira!

DOÑA ASUNCIÓN

(Repuesta ya del susto.)

¡Vas a pagarnos esta mentira
que nos ha dado un sofocón!

(Doña Asunción seguida por todos, menos María Rosa y Jacinto, la corre unos instantes en distintas direcciones de la escena, y en medio de gritos, comentarios y risas, hasta que se presenta en la puerta del fondo Don Teodoro, grave, erguido, amenazador, mirando a los revoltosos, como si allí se hubiera cometido algún delito. La aparición de don Teodoro produce una sensación de hielo; se hace un silencio profundo; los personajes quedan como clavados en el sitio que les ha tomado la sorpresa, y Don Teodoro avanza lentamente hacia el centro del escenario.)

DON TEODORO

¡Muy buenas tardes!

ALGUNAS VOCES

Buenas...

DON TEODORO

¿Parece
que hay alegría?

DOÑA ASUNCIÓN

(Adelantándose tímida.)

Si no se ofrece
nada, ¿podemos salir, señor?

DON TEODORO

¡Silencio! ¿Acaso yo le pregunto?
Menos descaro es el asunto,
y más respeto es lo mejor...

(Doña Asunción retrocede asustada; vuelve a hacerse el mismo silencio de antes, y sólo se oyen de pronto las voces enérgicas de los jugadores en el galpón.)

PEÓN PRIMERO

¡Pierdo!

PEÓN SEGUNDO

¡Yo gano!

PEÓN PRIMERO

¡Van tres!

PEÓN SEGUNDO

¡Soy rico!

DON TEODORO

(Percatándose de lo que hacen.)

¿Qué están haciendo?

PEÓN PRIMERO

(Ninguno oye ni ve a Don Teodoro.)

¡Me falta el pico!

PEÓN SEGUNDO

¡Y a mí, dos tantos para ganar!

PEÓN TERCERO

¡Yo tengo nueve!

PEÓN CUARTO

¡Yo estoy perdido!

PEÓN PRIMERO

¡Tengo barajas!

PEÓN SEGUNDO

¡Me gusta!

PEÓN PRIMERO

¡Envido!

PEÓN SEGUNDO

¡No quiero!

PEÓN PRIMERO

¡Tantos!

PEÓN SEGUNDO

¡Vaya un jugar!

(Don Teodoro, indignado, se dirige hacia el galpón, y los peones, al verlo, guardan precipitadamente las barajas, poniéndose de pie, con el sombrero en la mano, mientras los demás personajes, aprovechando el momento, van haciendo mutis, con todo sigilo. por la puerta del fondo unos y otros por detrás del galpón o de la casa.)

ESCENA II

Don Teodoro; Grupo de Peones y Jacinto, que se sienta cerca del pozo.

DON TEODORO

¡Eso está bien! Mientras quedan
a media altura las parvas,
y la hacienda por los campos
corre, tronchando la alfalfa;
mientras quedan sin marcar,
por pereza, las manadas
jóvenes y están los cueros
en montón, sin una estaca
y al aire ¿juegan ustedes?
¿No hay bolsas, no hay maquinaria
que arreglar? ¿No hay que ocuparse,
como siempre se les manda,
de hacer los preparativos
para trabajar mañana
desde temprano?

PEÓN PRIMERO

Es que ahora...

DON TEODORO

¡No señor! ¡No hay que hacer nada!
En vez de eso, muy tranquilos,
le están dando a la baraja,
como si este fuese el modo
de ganar lo que les pagan.

PEÓN SEGUNDO

Hoy es domingo, y...

DON TEODORO

¡Silencio!
Los domingos se trabaja
cuando es necesario.

PEÓN PRIMERO

Bueno:
está bien...

(Retirándose con los demás hacia el fondo.)

DON TEODORO

Sólo faltaba
que el vino también corriese,
que todos se emborracharan
y armasen después un baile
por completar la jarana!

PEÓN PRIMERO

Las bolsas se han preparado...

PEÓN SEGUNDO

Las cuchillas de las máquinas
están seguras y listas
para cortar...

PEÓN PRIMERO

Nada falta

DON TEODORO

¡Sí!; lo que falta es vergüenza!

PEÓN PRIMERO

Está bien...

DON TEODORO

¡Si otra palabra.
vuelves a decir, te juro
que no han de quedarte ganas!

(Desaparecen los peones por el fondo.)

¡Vaya unas gentes!... No entienden
más que de vino y barajas,
de bailes y de canciones,
de mate amargo y guitarras.

(Al dirigirse hacia la puerta de la casa nota la presencia de Jacinto, que ha permanecido mirando al suelo con la cabeza apoyada en ambas manos, sentado cerca del pozo.)

ESCENA III

JACINTO Y DON TEODORO

DON TEODORO

¡Eh mozo! ¿Sabes si ha vuelto
don Sebastián de las chacras?

JACINTO

(Sin levantar la cabeza.)

No sé, señor...

DON TEODORO

¿Cómo dices?

JACINTO

Que no sé.

DON TEODORO

Cuando se encara
con un hombre como yo
uno como tú, levanta
la cabeza y le responde
con respeto, que así cuadra,
tratándose del que ofrece
techo y pan a sus peonadas.

JACINTO

(Levantando la cabeza. Muy natural.)

Respondí que no sabía
si está el señor en las chacras
o si ha vuelto. Me parece
que es lo que usted preguntaba

DON TEODORO

Pero es que tú...

JACINTO

Yo no pude
tener mi atención fijada
para el caso expresamente;
y además, porque no encaja
tampoco entre mis costumbres,
que son, aunque humildes, sanas,
estar viendo si es que sale
o ha entrado alguno en la casa.

DON TEODORO

Y eso, ¿qué viene a decir?

JACINTO

(Levantándose.)

No he concluído. Deseaba
manifestarle al señor...

DON TEODORO

¡Como siempre!

JACINTO

(Irónico.)

Como cuadra,
tratándose del que ofrece
techo y pan a sus peonadas...

DON TEODORO

¡Bah!

JACINTO

Necesario es decirlo,
por si a usted se le olvidaba:
que sólo don Sebastián
es el que conmigo trata.
Esto, en cuanto a lo de peón,
que, sin serlo, no menguara
mi dignidad si lo fuera;
y en cuanto al techo y la paga,
también es don Sebastián
quien me los ofrece...

DON TEODORO

¿Es farsa?
o es preciso que te vuelvan
a repetir que en la casa
quien manda soy yo, desde hace
mucho más de una semana?

JACINTO

No me importan los secretos.
Era una respuesta franca
la que yo he querido dar
a lo que ústed preguntaba...
Y termino: que tampoco
vine yo aquí por mi gana,
sino porque me buscaron.
Bien estaba donde estaba...
Pero mi esfuerzo también
lo dí entero en estas chacras,
sin ninguna obligación,
por amistad y por gracia
de mi cariño a la tierra...

DON TEODORO

¿Y qué hay con ello? ¡Palabras!

JACINTO

¡Verdades!

DON TEODORO

Pues, para mí,
lo mismo que si no hablaras...
Y, entretanto, no te olvides
de lo que he dicho... Mañana

tal vez comprendas mejor
quien manda aquí y quien no manda.

(Le vuelve la cara y desaparece por la puerta de la casa. Jacinto lo mira alejarse con un gesto de profundo desprecio, y al volverse hacia la salida del fondo, encuentra a Pedro que con el grupo de peones ha presenciado desde lejos el final de la anterior escena).

ESCENA IV

JACINTO, PEDRO Y PEONES

PEDRO

¿Qué es lo que tiene ese hombre?

JACINTO

Pues... delirio de grandezas...

PEDRO

¿Te ha querido alzar el gallo?

JACINTO

¿A mí? Como si lloviera...
Tanto me importa su tono,
su ignorancia y la soberbia
con que pretende ordenarme,
como el viento que se cuela
de noche por los plantíos
cuando duermo...

PEDRO

¡Qué paciencia!
Decir que no trabajamos,
que no tenemos vergüenza,
que sólo vino y barajas
son nuestra vida...

PEÓN PRIMERO

¿Y la hacienda
que constantes atendemos?

PEDRO

¿Y aquellas parvas inmensas
levantadas por nosotros,
que aquí cerca amarillean,
más altas y más costosas
que las torres de la iglesia,
no son nada?

JACINTO

Así parece...

PEÓN PRIMERO

¡Eso es espuma!

PEDRO

¿Y las fuerzas
que en los potreros demandan
los apartes y las yerras?

PEÓN PRIMERO

¿Y el parar de los rodeos?

PEÓN SEGUNDO

¿Y el esquilar las ovejas?

PEDRO

¿Y las trillas?

JACINTO

(Con calor.)

¿Y el cansancio
fecundador de las siembras
en la Pampa; y el prodigio
triunfante de las cosechas,
cuando las propias espigas
se doblan sobre la tierra,
bajo el sol, que abrasa el radio
de los rastrojos, y quema
lo mismo las trilladoras
que la espalda y la cabeza
del que está dando su vida
por el pan en las faenas?

PEDRO

¡Nada!

JACINTO

¡No son nada!... Y ellos,
que así el esfuerzo desprecian
del sembrador, dan orgullos
cuando la tierra los premia:
¡como si el sembrar no fuese
digno de premio en la tierra!

(Con un gesto de asco y desaliento.)

¡Eh!...

PEDRO

¡Que vivan y que gocen!

JACINTO

Eso es: que hagan lo que quieran.
Ellos no tienen la culpa...
¡Que sufra el mal quien la tenga!

(Con las últimas palabras. van desapareciendo, por el fondo, derecha, al tiempo que aparecen María Rosa por la casa a regar las macetas y doña Asunción, que se dirige al pozo, donde llenará de agua una "pava", que colocará en el brasero, cerca del galpón.)

ESCENA V

MARÍA ROSA Y DOÑA ASUNCIÓN; luego AZUCENA

DOÑA ASUNCIÓN

¿No se ha marchado?

MARÍA ROSA

¿Quién?

DOÑA ASUNCIÓN

Don Teodoro...

MARÍA ROSA

No; con mi padre, hablando a gritos,
discute el precio de los ganados
y las tareas de su partido...

DOÑA ASUNCIÓN

Pues todavía yo estoy temblando.
¡Diablo de hombre!

MARÍA ROSA

(Se oye el canto de unos niños, lejos).

Temprano vino.

DOÑA ASUNCIÓN

Vino de golpe, como un fantasma.

MARÍA ROSA

Para amargarnos el regocijo.

(Pausa. Doña Asunción, desde la puerta del fondo, mira hacia el campo).

¿Vuelven los niños?

DOÑA ASUNCIÓN

Creo que vienen,
allá, cantado por el camino,
y alegres saltan como gorriones
que viven lejos de los peligros...

MARÍA ROSA

¿Viene Pepita?

DOÑA ASUNCIÓN

Viene del brazo,
cortando ramas, con Luisito...

MARÍA ROSA

Que no se escapen.

DOÑA ASUNCIÓN

Para que sepan
que los esperan, de aquí los miro;
y han de quedarse, por más que traigan
ganas de burla para conmigo.

MARÍA ROSA

Pues no los trates con mucho enojo.

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, ¿qué quieres, si son tan pillos?

MARÍA ROSA

Son revoltosos, por inocentes,
pero muy buenos e inofensivos.

DOÑA ASUNCIÓN

Pues mira: ¿sabes que esta mañana
me han dado guerra?

MARÍA ROSA

¿Sí?

DOÑA ASUNCIÓN

Tempranito
se levantaron, y en la cocina,
con los manojos del nuevo trigo,
para dar sustos a las gallinas,
una fogata me han encendido...

MARÍA ROSA

Una fogata! ¿Y eso qué vale
si es tan alegre?

DOÑA ASUNCIÓN

¿Qué?

MARÍA ROSA

¡Tan bonito!

DOÑA ASUNCIÓN

¿Alegre, dices? De esa alegría
no hay que fiarse.

MARÍA ROSA

Lo que yo digo
es que se puede tener un poco
de tolerancia para los niños.

DOÑA ASUNCIÓN

Pues no comprendo. Si hay que dejarles
que hagan fogatas, yo nada he dicho;
pero te advierto que al fuego echaron
esta mañana cuatro pollitos...

MARÍA ROSA

¡Pobres! ¿Los viste?

DOÑA ASUNCIÓN

Con estos ojos.

AZUCENA

(Que habrá aparecido un momento antes.)

Muertos estaban los pobrecillos,
y si tan pronto no me presento
para prestarles a otros auxilio,

ya los tenían entre las manos
y los llevaban al sacrificio...

DOÑA ASUNCIÓN

Usted se calla.

MARÍA ROSA

¿Los reprendiste?

DOÑA ASUNCIÓN

A cada uno le dí un pellizco.
¡Teniendo tantas contemplaciones,
el mejor día nos queman vivos!

MARÍA ROSA

¡Oh, no exageres!... A pesar de ello
no dan señales de mal instinto...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Si? Pues que sigan quemando pollos.
¡No dirán eso los pobrecitos!

(Vuelve a mirar hacia el campo.)

AZUCENA

¿Y qué comprenden los animales?

DOÑA ASUNCIÓN

Usted se calla. Ya se lo he dicho.
Prepare el mate...

(Azucena obedece.)

MARÍA ROSA

(Arreglando una maceta.)

¡Pobres claveles!
Se están muriendo mis amiguitos...

(Pausa.)

DOÑA ASUNCIÓN

¡Rosa!

MARÍA ROSA

¿Qué quieres?

DOÑA ASUNCIÓN

¡Una sorpresa!
¿Sabes quién viene tras de los niños?

MARÍA ROSA

¿Quién?

DOÑA ASUNCIÓN

El maestro. Viene apoyado
en su bastón, muy despacito.

MARIA ROSA

Bueno...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Te enoja?

MARÍA ROSA

¡Nunca!

DOÑA ASUNCIÓN

Creía...
(Acercándose.)

MARÍA ROSA

¿Por qué?

DOÑA ASUNCIÓN

Por nada... Porque... ya he visto,
María Rosa, desde hace un tiempo,
que el rato pasas con más cariño
con otra gente...

MARÍA ROSA

¡Calla!

DOÑA ASUNCIÓN

Con otra
luz en los ojos... No es el viejito
que, lento viene desde la escuela
para contarnos cuentos tan lindos...

MARÍA ROSA

¡Calla!

DOÑA ASUNCIÓN

Los cuentos, María Rosa,
que ahora te gustan...

MARÍA ROSA

Calla, te he dicho.
Si oyen de adentro...

AZUCENA

(Desde su sitio.)

¡Ya hierve el agua!
¡Si quieren mate pronto les sirvo!

MARÍA ROSA

Cuentos de amores que me hacen daño
y que no valen lo que me aflijo...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero es que dicen en todo el pueblo
que don Teodoro está perdido
por tí...

MARÍA ROSA

¡Es falso!

DOÑA ASUNCIÓN

Y que de noche...
Bueno... yo en eso, pues... no me fijo...
Y que tu padre está de acuerdo
para...

MARÍA ROSA

¡Mentira! ¿Quién te lo ha dicho?
¡Habla! ¡Confiesa que eso no es cierto!
¡Que es un engaño!

DOÑA ASUNCIÓN

Si lo he oído...

MARÍA ROSA

¿Y quién lo dice?

DOÑA ASUNCIÓN

Pues, todo el mund

MARÍA ROSA

Pero, ¿es posible?

DOÑA ASUNCIÓN

Por Dios bendito.
Yo te lo cuento para que sepas;
dudar no puedes de mi cariño...

MARÍA ROSA

No, no hagas caso, porque ya, a veces,
no sé qué pienso ni lo que digo...

(Pausa.)

¿Y a eso vinieron hoy por la tarde?
No a saludarme, buscando indicios
de lo que dicen, de lo que corre
por este pueblo necio y maligno...

DOÑA ASUNCIÓN

Y vi otra cosa...

MARÍA ROSA

Cuenta. ¿Qué viste?

DOÑA ASUNCIÓN

Todos lo saben... Vi que Jacinto
se ha disgustado con mucha gente
por defenderte de aquello mismo
que oigo en el pueblo todos los días...

MARÍA ROSA

Ese es un hombre.

DOÑA ASUNCIÓN

(Voces de los niños, llegando.)

Ya están los niños.

MARÍA ROSA

Has de contarme todo lo que oigas.

AZUCENA

(Refiriéndose al mate.)

¿Empiezo?

DOÑA ASUNCIÓN

Pronto, si ya está listo.

(Desapareciendo por detrás de la casa.)

Yo empezaría por don Teodoro,
si se tratara de echarlo al río...

(Azucena entra y sale por la casa, sirviendo el mate, hasta que el diálogo indica.)

ESCENA VI

MARÍA ROSA, PEPITA Y LUISITO

(María Rosa va hasta la puerta del fondo a recibir a los niños, que traen ramas de árboles en la mano y gritan alegremente.)

PEPITA

¡María Rosa!

LUISITO

¡María Rosa!

(Besos y abrazos.)

MARÍA ROSA

¿Qué travesuras han hecho, Pepa?

PEPITA

Nada...

LUISITO

El maestro nos ha contado
la linda historia de una pequeña
que no tenía padre ni madre...

PEPITA

Que se burlaban de ella en la escuela...

MARÍA ROSA

¡Siempre las cosas del buen maestro!

LUISITO

Hasta que un día, el Hada Buena,
que la quería porque era linda
y no tenía más que tristezas...

PEPITA

Le dió una hermosa llave de oro.

LUISITO

Para que abriese luego con ella...

MARGARITA

(Apareciendo por el fondo de la casa, al tiempo que aparece el maestro en el foro.)

¡Al fin llegaron!... Vengan que tengo
yo que arreglarles las buenas cuentas!

LOS DOS

¿Cuáles?

MARÍA ROSA

¡Los pollos de esta mañana!

PEPITA

¡No, yo no he sido!

LUISITO

¡Si fué Azucena!...

(Se escapan por detrás de la casa y Margarita les persigue.)

ESCENA VII

MARÍA ROSA y el MAESTRO

MARÍA ROSA

Buenas tardes, maestro.

EL MAESTRO

Buenas, Rosa,
y magníficas son. Fuerte y brillante
como un sueño de amor a los veinte años,
se va ocultando el sol tras de los sauces...

MARÍA ROSA

¡Qué diferencia con las tardes frías
de los inviernos, cuando el viento errant
nos canta su canción en las ventanas,
al arrastrar las hojas de los árboles!...

EL MAESTRO

No me recuerdes el invierno; sufro
cuando viene a llevarse
la alegría del sol que ambicionamos,
que da un poco de fuego a nuestra sangr
y ahuyenta con sus besos protectores
la pena del vivir que nos invade
cuando tenemos esta edad... ¡Qué angustia
qué tristeza incurable
tiene para los viejos el invierno!

(Se han sentado.)

MARÍA ROSA

Para todos es triste...

EL MAESTRO

Tú no sabes...
Sólo para los viejos la amargura
de los días sin sol... Las hojas caen
como las vidas nuestras van cayendo,
ramas dolientes que el cansancio abate,

MARÍA ROSA

La vida entera...

EL MAESTRO

No. Para los jóvenes
el invierno es salud. Fuerzas vibrantes
cantan en la inmortal Naturaleza

bañando en los amores sus cantares...
La virgen primavera lleva siempre
de su brazo a los jóvenes... Es madre
de la energía eterna, que palpita
como la luz de triunfo en los rosales,
y como una esperanza en las miradas,
y como un entusiasmo en los combates
de la vida.

MARÍA ROSA

Por eso usted la quiere.
Con todo el corazón. Justo es que alabe
lo ardiente de la vida: las risueñas
bullangas de los niños al juntarse,
los recios cantos de la gente moza,
y en fin, todo cuanto hace
recordar con amor aquellos días
que aún quisiera vivir...

(Pausa. Transición.)

EL MAESTRO

¿Está tu padre?

MARÍA ROSA

Si. ¿Quiere hablar con él?

EL MAESTRO

A eso he venido.

MARÍA ROSA

Que Azucena lo llame.

AZUCENA

(Que pasa con el último mate.)

Voy en seguida..

(Mutis.)

EL MAESTRO

(Después de una pausa.)

¿Y tú, cuándo te casas?

MARÍA ROSA

Por ahora... no pienso ya en casarme...

EL MAESTRO

¿Engañas al maestro? ¡Ah, picaruela!
¡Si ya todos lo saben!...

(Aparece don Sebastián en la puerta de la casa.)

ESCENA VIII

DICHOS Y DON SEBASTIÁN

DON SEBASTIÁN

Buenas tardes, maestro...

EL MAESTRO

Buenas tardes,
don Sebastián...

DON SEBASTIÁN

Hoy no esperaba verle...

EL MAESTRO

Es que soy compañero
de la luz; en mi casa me entristecen
los viejos como yo. Por eso busco
libertad, juventud y sol alegre...

DON SEBASTIÁN

(Riendo cariñoso.)

¡Vaya con el maestro!

MARÍA-ROSA

¡Siempre el mismo!

DON SEBASTIÁN

¿Cómo va esa salud?

EL MAESTRO

Bien.

DON SEBASTIÁN

¿Qué se ofrece?
Aquí estoy de labor con don Teodoro...
¿Quiere esperar un rato?

EL MAESTRO

Justamente,
con él quería hablar...

DON SEBASTIÁN

¿De qué se trata?

EL MAESTRO

¿De qué se va a tratar? De lo de siempre.
Cuando no se precisan refacciones
en la casa, pues son los menesteres
del colegio... Y, en fin, como sabemos
la influencia que él tiene,
yo quería decirle unas palabras...

DON SEBASTIÁN

Pues mal momento es éste,
porque anda de mal genio nuestro amigo.

EL MAESTRO

¿Es por las elecciones?

DON SEBASTIÁN

Y las pestes
que han invadido el campo, donde tanta
rica hacienda se muere.

EL MAESTRO

¡Ah! ¡Qué contrariedad!

DON SEBASTIÁN

Grandes perjuicios...

EL MAESTRO

Lo siento, francamente...
Yo quería de paso preguntarle
por ese asunto de hace algunos meses...

DON SEBASTIÁN

Saldremos en seguida,
si el buen maestro en aguardar consiente...

EL MAESTRO

Bien, bien, aguardaré.

DON SEBASTIÁN

(Desapareciendo.)

Sólo un momento

EL MAESTRO

(A María Rosa.)

Ya que vengo a pedir, justo es que espere.

ESCENA IX

MARÍA ROSA, EL MAESTRO y JACINTO

MARÍA ROSA

Siempre está de mal humor
don Teodoro...

EL MAESTRO

Señal mala.
Pues si nunca hay rostro alegre,
no estará el alma muy sana.

JACINTO

(Por el foro, saludando al Maestro con gran cariño.)

¡Oh maestro! ¡Qué alegría
saludarlo!

EL MAESTRO

Gracias, gracias...

JACINTO

¿Dónde se había escondido?

EL MAESTRO

¿Dónde ha de sèr? En mi casa.

por esas lluvias traidoras
que me dan miedo...

JACINTO

Me encanta
verlo por aquí.

EL MAESTRO

Tú tienes
buen corazón; no me extraña...

(A María Rosa.)

Este sí es hombre que lleva
la luz del alma en la cara.

JACINTO

(Riendo.)

Me voy, porque me avergüenzo
del piropo.

EL MAESTRO

No te vayas.

JACINTO

Es que traigo unos encargos...

EL MAESTRO

Entonces, no digo nada.

JACINTO

Hasta luego.

(Mutis por la casa.)

EL MAESTRO

¡Bueno, el mozo!

MARÍA ROSA

Y hay que ver lo que trabaja...

(**Va anocheciendo.**)

ESCENA X

MARÍA ROSA, EL MAESTRO y DON TEODORO

DON TEODORO

(**Saliendo.**)

Buenas tardes, amigo...

EL MAESTRO

Buenas tardes,
don Teodoro...

DON TEODORO

¿Qué tal? ¿Qué se le ofrece?

EL MAESTRO

Ya le expliqué a don Sebastián... Quería..

DON TEODORO

Lo primero es inútil, no se empeña;
y en cuanto a lo segundo...,

EL MAESTRO

Es el asunto
de que le hablé también hace dos meses...

DON TEODORO

¿Qué asunto?

EL MAESTRO

Pues aquel del anticipo...
Usted sabe, señor, que los haberes
de los pobres maestros se perciben
de cuando en cuando; que las cuentas crecen
y que es amargo el pan, y que en la vida
quien no come no piensa, y que el que tiene
que pensar demasiado en la tarea
de enseñar a pensar a los que vienen
a la escuela y... no come, en pensamientos
de vigilias y angustias se disuelve...
Y... en fin. que se me enreda ya la historia
del pan, del pensamiento... y los haberes..

DON TEODORO

Está bueno.

DON SEBASTIÁN

(Saliendo con Jacinto. Este se pone a hablar con María Rosa.)

¿Se arreglan esas cosas?

DON TEODORO

No sé cómo arreglar. El asunto este
es un asunto eterno, y yo no puedo
estar encima de él continuamente.

El Maestro

Haga un esfuerzo más; usted ya sabe
que voy a agradecerle...

Don Teodoro

Bueno, amigo; está bien ¿Quiere una carta
para ver si lo atienden?
Es lo que puedo hacer.

El Maestro

Como usted quiera...

Don Teodoro

Pues, hombre, hasta parece
que no le agrada mucho. Yo no puedo
robar al Banco para darlo a ustedes.

El Maestro

No, si no hay exigencias...

Don Teodoro

Pues, entonces,
yo creo conveniente
que usted mismo se entienda con la carta.

El Maestro

Bien.

Don Sebastián

Y Jacinto puede
escribir, si usted dicta... ¡Oiga, Jacinto!

JACINTO

Señor...

DON TEODORO

No es necesario; él mismo debe escribirla.

EL MAESTRO

Conforme.

DON TEODORO

Yo la firmo.

DON SEBASTIÁN

Pase, maestro...

(Indicándole la casa.)

JACINTO

(A Don Sebastián.)

Los demás papeles
y las guías del tren para mañana,
¿me los va a dar ahora?

DON SEBASTIÁN

Ahora; entre...

(Desaparecen por la puerta de la casa Don Sebastián, el Maestro y Jacinto.)

ESCENA XI

MARÍA ROSA y DON TEODORO

(Una pausa. María Rosa ha ido hasta la puerta del foro, mirando un instante hacia el campo. Luego, lentamente, se ha aproximado al pozo, recostándose sobre él, de brazos cruzados, y mirando hacia abajo, inmóvil, hasta que don Teodoro la llama por segunda vez. Mientras tanto, Pepita y Luisito, perseguidos por Margarita, atraviesan la escena, apareciendo por el fondo de la casa y haciendo mutis por el foro, hacia el campo.)

DON TEODORO

María Rosa... María
Rosa... Escuche...

MARÍA ROSA

¿Me llamaba?
(Acercándose, lenta.)
Disculpe la distracción...

DON TEODORO

Ya lo veo. No me extraña.
Siempre le cuesta escucharme,
lo mismo que si se tratara
de no verme, de evitar
que la alcancen mis palabras...

MARÍA ROSA

¿Por qué?

DON TEODORO

Porque está a la vista;
porque cada vez que pasa
con su desdén junto a mí
es como si me clavaran
de una rosa las espinas
en el corazón... Y tantas
las veces que me ha mirado
con tal dureza de entraña,
que ya sufrirlas no puedo,
como no puedo contarlas...
Por eso ayer he querido
que habláramos. Esperaba
saber lo que piensa usted...

MARÍA ROSA

No comprendo lo que me habla.

DON TEODORO

Saber por qué nunca tuvo
para mí sonrisas gratas,
ni quiso romper jamás,
ante mis ojos la extraña
nieve de esa indiferencia
que se refleja en su cara,
como un dolor que me azota,
como un desprecio al que trata
de serle bueno, al que tiene
por usted las más sagradas
devociones de la vida...

MARÍA ROSA

¿Y en eso está la importancia
de lo que a decirme viene?

DON TEODORO

¡En la más honda esperanza
puesta en mi pecho, al calor
que me encienden sus miradas!

MARÍA ROSA

No le entiendo.

DON TEODORO

¿No adivina?

MARÍA ROSA

¿Con qué motivos?

DON TEODORO

¿No pasa
por su memoria un recuerdo
de ayer?

MARÍA ROSA

No. ¿De qué se trata?

DON TEODORO

(Desalentado.)

Bien se ve que usted no quiere
comprenderme. No hace falta,
cuando llevamos el fuego
del sentir en las miradas,
expresarle a una mujer
lo que palpita en el alma...
¿Qué es lo que pueden decir
los ecos de unas palabras

cuando ya lo han dicho todo
con su lenguaje las mágicas
ansiedades de los ojos,
de la actitud, de las claras
vibraciones del espíritu,
que está asomando a la cara
como buscando en la luz
de otros ojos, otra alma?
¿Cómo en vano se pudiera
ver la gloria retratada
como un sol, en la divina
laguna azul de sus gracias?
¿Cómo se rompe el impulso?
¿Cómo un hombre, en vano, alcanza
a respirar tan de cerca
todo el perfume que exhala
su encanto, cuando aquel hombre
siente palpitar la llama
de un corazón como el mío
y en el corazón le sangra
la roja herida incurable
de un amor tan hondo?...

(Pretende tomarla de las manos.)

MARÍA ROSA

¡Basta,
señor, porque me hacen daño,
sin remedio, sus palabras!
Si esa es la revelación,
no hay para qué continuarla.

DON TEODORO

(Como si le hubiesen arrojado un balde de agua.)

María Rosa... ¿De modo
que no me escucha? ¿No es nada

lo que yo siento, para usted?
Respóndame.

MARÍA ROSA

No hace falta.

DON TEODORO

(Reaccionando.)

Pues, sin embargo, la adoro
como nadie imaginara
querer; como en los transportes
de una fiebre visionaria;
con arranques de pasión...

(Quiere de nuevo tomarle las manos.)

MARÍA ROSA

He dicho que si me hablaba
de tal manera, sufría.

DON TEODORO

¿Y esta es su última palabra?

MARÍA ROSA

!Sí!

DON TEODORO

Pues yo no me resigno
tampoco a dejar de amarla;
quiero mostrarle hasta dónde
mi afán por su vida alcanza;
me haré fuerza de su amor,
lucharé por conquistarla
y a todas horas seré

su pesadilla, su mala
sombra, su perseguidor...

(Transición.)

No... perdón... ¿Por qué me trata
con este rigor, si sabe
que es mi vida lo que salta,
cuando la miro, a mis ojos?

MARÍA ROSA

Pero, señor, si en esta alma
no es tiempo de amar, ¿querría
que, por su empeño, tratara
de engañarlo?

DON TEODORO

¡Nunca!

MARÍA ROSA

Y bien,
no hablemos más...

(Volviendo la espalda.)

DON TEODORO

No se vaya
sin dejarme por lo menos
alguna luz de esperanza.

MARÍA ROSA

¡Mentiría!

(Va a hacer mutis.)

DON TEODORO

Y yo que hablé
con su padre hoy de mañana
de esto...

MARÍA ROSA

(Vivamente, volviendo.)

¡Qué! Pero ¿es posible,
señor, que usted se arriesgara
a hablar con él sin decírmelo?

DON TEODORO

Sí, Rosa...

MARÍA ROSA

¿Cayó en la audacia
de ir a él, antes que a mí,
por cálculo o ignorancia,
con un asunto que a nadie
más que a mí le interesaba?
¿Cómo fué? ¿Por qué razón?
¿Con qué objeto?

DON TEODORO

Yo pensaba
que se debían a un padre
secretos de esta importancia.

MARÍA ROSA

Pero más se le debían
a quienes, estando al habla
con los seres afectados
por tal pretensión, faltaban
para autorizar el trance.

DON TEODORO

No hubo en ello intención mala,
porque mi amor es tan hondo,
tan sincero...

MARÍA ROSA

¡Basta, basta!
¡Que corrió de boca en boca
antes de yo saber nada!

DON TEODORO

Le aseguro...

MARÍA ROSA

No asegure,
que el pueblo no lo acompaña...
¿Qué más padre para todos,
en cuanto el amor nos manda,
que el corazón? ¿Cómo pudo
suponer que yo olvidara
mis íntimos sentimientos,
pensando que a un padre cuadra
la imposición de un cariño
que no se siente?

DON TEODORO

Contaba
con que él nunca se opondría...

MARÍA ROSA

¡Pero me opongo yo, y basta!

(Lo mira un instante con un gesto de suprema altivez y desaparece por la casa.)

DON TEODORO

(Con sorda angustia, llamándola.)

¡María! ¡María Rosa!...

DOÑA ASUNCIÓN

(Que atraviesa la escena en este momento.)

Mande, señor...

DON TEODORO

(Indignado.)

¿Quién la llama?

ESCENA XII

DON TEODORO, DON SEBASTIAN, EL MAESTRO, JACINTO, DOÑA ASUNCIÓN y MARÍA ROSA

EL MAESTRO

(Por la casa, con Jacinto y Don Sebastián. En seguida María Rosa.)

Ya saben cuánto agradezco...

DON SEBASTIÁN

La intención siempre se estima.

EL MAESTRO

Cuando es buena.

JACINTO

Sólo falta
que le den lo que precisa.

DON TEODORO

Y si es que no se lo dan
la culpa no será mía.

EL MAESTRO

Claro... Eso no se discute...

DON TEODORO

(A don Sebastián.)

¿Vamos?

DON SEBASTIÁN

Vamos.

(A Jacinto.)

Desearía
que terminara esta noche
la copia de aquellas listas...

JACINTO

Está bien.

EL MAESTRO

Pues muchas gracias
por el favor...

JACINTO

No se aflija,
maestro...

(Mutis por la casa.)

EL MAESTRO

¡Qué he de afligirme!
Adiós, Rosa, hasta la vista...

MARÍA ROSA

Adiós, maestro.

EL MAESTRO

Que tengan
felicidad...

(Alcanza a don Teodoro, que ha ido lentamente hasta la puerta del fondo, y desaparecen los dos.)

DOÑA ASUNCIÓN

La comida,
¿la preparo ya?

DON SEBASTIÁN

Sí, pronto,
pues volvemos en seguida.

(Doña Asunción hace mutis por el fondo de la casa. Don Sebastián se dirige hacia la puerta del foro, y María Rosa queda un instante indecisa, en actitud de llamarlo.)

MARÍA ROSA

(En un ímpetu.)

¡Padre!

DON SEBASTIÁN

¿Qué quieres?

MARÍA ROSA

(Después de una pausa.)

Yo quiero...
preguntarle... yo quería...
saber...

DON SEBASTIÁN

¿Vamos, ¿qué deseas?

MARÍA ROSA

Me cuesta decirlo...

DON SEBASTIÁN

Hija...

MARÍA ROSA

Es que... ¡no puedo!...

DON SEBASTIÁN

¿Parece
que confianza no te inspira
tu padre?

MARÍA ROSA

No sé si debo...

DON SEBASTIÁN

Habla.

MARÍA ROSA

(Resolviéndose.)

Quiero que me diga
lo que ha hablado don Teodoro
con usted.

DON SEBASTIÁN

¡Ah!... Una noticia
que tenía reservada

para sorprenderte. Mira
lo que son las cosas: nunca
se puede estar en la vida
seguro de algún secreto...

MARÍA ROSA

Pero, usted...

DON SEBASTIÁN

Yo no quería
decírtelo hasta esta noche...

MARÍA ROSA

¿Qué dijo usted?...

DON SEBASTIÁN

Que admitía,
puesto que él se lo merece,
con toda el alma, la digna
distinción con que me honraba.

MARÍA ROSA

De modo que usted autoriza...

DON SEBASTIÁN

¡Con toda el alma! Lo he dicho.

MARÍA ROSA

¡Dios mío!...

DON SEBASTIÁN

¿Te mortifica?
¿No estás de acuerdo? ¿Quisieras
luchar con tu propia dicha?

MARÍA ROSA

¡No puede ser dicha, padre!

DON SEBASTIÁN

Lo será, porque algo afirma
dentro de mi voluntad,
tu conveniencia y la mía...

MARÍA ROSA

¡No quiero, padre!

DON SEBASTIÁN

Yo sí.

DON TEODORO

(Desde el foro.)

¡Don Sebastián!

(Mutis.)

DON SEBASTIÁN

Peor sería
que aceptase a un desgraciado.

MARÍA ROSA

¡Qué importa, si lo quería!

DON SEBASTIÁN

Basta; bien saben los padres
lo que conviene a sus hijas...

(Desaparece lentamente, dirigiendo desde el foro una mirada a María Rosa, que llora un instante, bajo el parral; luego se deja caer sobre una silla, con la cabeza entre las manos.)

ESCENA XIII

María Rosa, Margarita, Pepita y Luisito

MARGARITA

¡María Rosa!

LUISITO

Allí está

PEPITA

¿Qué haces sola?

MARÍA ROSA

Nada, Pepa...

LUISITO

¡Está llorando!

MARÍA ROSA

No; es
que me duele la cabeza...

LUISITO

¡Mentira!

MARGARITA

Eso no se dice.
¡Adentro!

PEPITA

¡Igual que la nena
del cuento aquel del maestro!

LUISITO

Yo buscaré al Hada Buena
que te dé la llave de oro!

MARGARITA

¡Vayan adentro, veletas!

(Los obliga a entrar.)

ESCENA XIV

MARÍA ROSA y MARGARITA

MARGARITA

¿Qué sufres? ¿De qué estás triste?
¿Por qué lloras?

MARÍA ROSA

Margarita...

MARGARITA

¡Si lo estoy viendo!... ¿Por qué
me lo has de negar, querida?
¿Qué te pasa?

MARÍA ROSA

Ya te he dicho
que nada tengo...

MARGARITA

No finjas.
Por nada nunca se llora.
¿No tienes en Margarita
confianza? ¿Por qué me escondes
tu pena?

MARÍA ROSA

Si estoy tranquila;
si no tengo penas...

(Pausa.)

MARGARITA

Nunca
tu pensar me comunicas.
Siempre triste, misteriosa;
parece que no tendrías
quien te quisiera. Te juro
que a veces, cuando me miras
con esa expresión de angustia,
me da un dolor, y una envidia
de los que tu amor me roban
y tus secretos me quitan,
que ambiciono conocerlos

para gritarles: "¡Malditas
las sombras y las ideas
que a estar tristes nos obligan!"
"¡Malditos sean los hombres
que nos mienten, que nos brindan
ilusiones y promesas
locas, y luego se hastían,
y al caer la tarde, escapan
lo mismo que golondrinas
viajeras!..." Dímelo. ¿Es ese
tu pesar?

MARÍA ROSA

Vamos, no sigas;
te juro que me haces daño...

MARGARITA

¿Ves lo que yo te decía?
Lo que tienes tú es amor.

MARÍA ROSA

¡Lo que tengo yo, es fatiga
de vivir!

MARGARITA

¡Rosa!...

MARÍA ROSA

Asediada
por un hombre que me quita
la tranquilidad, que cruza
como una sombra enemiga
por esta casa, que tiene

garras de tigre escondidas,
y algo como dos venenos
al fondo de las pupilas...
Lo que yo tengo es angustia
y miedo de ver mi vida
con peligro de ser pasto
de la fiebre y la codicia
de ese hombre...

MARGARITA

Pero, ¿él te acecha?

MARÍA ROSA

Sí; me asalta, Margarita,
como un cóndor que ha vencido
todas las trabas habidas
para llegar hasta aquí,
y hacerse un dios en la quinta
como es un dios en el pueblo...
¿No comprendes? ¿No lo miras
pasar por frente a nosotros
con esa insolencia indigna
que a todos ofende, y dar
sus órdenes con la misma
dureza del que parece
que nos perdona la vida?
¿No lo sientes, paso a paso,
conquistar el alma tímida
de nuestro padre, y hacerla
de su voluntad cautiva,
juguete de sus caprichos,
esclava de sus manías
y andrajo de sus errores?
¿No lo sabes? ¿No adivinas
que, desde el maldito instante

que él puso el pie en esta quinta,
se fueron de ella por siempre
la confianza y la alegría?
¡Dímelo!

MARGARITA

¡Sí!... ¡Don Teodoro!
¡Pobre Rosa!...

MARÍA ROSA

Margarita...

(Breve silencio mientras las dos lloran.)

Ya ves; me ahogo. No tengo
consuelo aquí; me horroriza
la idea de vivir siempre
cerca de ese hombre; y hay días
que pienso que tal vez lejos
de esta sombra encontraría
como una luz de consuelos
un rincón para mi vida...

MARGARITA

Pero, ¿cómo? ¿Dónde? ¿Acaso,
hermana, por él te obligan?

MARÍA ROSA

Sí. Nuestro padre lo impone.
Yo lo esperaba...

MARGARITA

María...
Pero, ¿tú no aceptarás?
Ni tampoco emprenderías

la aventura de dejarme
sola, ¿verdad?

MARÍA ROSA

Margarita. .
Yo sé que alguna locura
me espera para algún día.

MARGARITA

Pero yo estoy a tu lado...

MARÍA ROSA

Ya sé.

MARGARITA

Tú tienes amigas
que te quieren; distracciones
en el pueblo...

MARÍA ROSA

¡Bah! Mentiras.
Vulgaridades que nunca
me interesaron... ¿Qué estima
puedo tener hacia un pueblo
de tristeza y de avaricia,
donde el que no sufre trata
de hacer sufrir, y el que envidia
la riqueza de los otros,
por enriquecerse, quita
lo que puede a los demás
y al desgraciado lo esquilma?
¡Y la amistad!... ¿Qué amistades
serenas quieres que existan

entre ti y quienes te adulan
primero, y después te miran
para observar si al vestido
que llevas le faltan cintas?
¡No! Y las mil murmuraciones,
y las odiosas rencillas,
y las calumnias, y el soplo
de vergüenza que se aspira;
y esa eterna pequeñez
de horizontes, esta antigua
y odiosa vegetación,
como la planta, nacida
para estar siempre en un sitio...
¡Yo no puedo! ¡Yo alzaría
mi vuelo, como las aves,
en busca de nuevos climas,
y de sentimientos nuevos,
y de esperanzas más dignas!

MARGARITA

Tú siempre sueñas, hermana.

MARÍA ROSA

Sueños, al fin, Margarita,
que me consuelan un poco...

MARGARITA

Bien. No quiero que te aflijas.

(Aparece en la puerta de la casa Jacinto con unos papeles que guarda cuidadosamente.)

ESCENA XV

DICHOS Y JACINTO

(Es una noche magnífica. La claridad de la luna envuelve a los personajes en un encanto de plata y proyecta sus serenidades sobre la fronda de la quinta.)

JACINTO

¡Qué hermosa noche!

MARGARITA

La luna
parece una flor de nácar,

JACINTO

Consuelo de los que llevan
la vida tan solitaria...

MARÍA ROSA

¿Se marcha ya?

JACINTO

No sin antes
decirles: "Hasta mañana..."

(Bajando la voz. Margarita, que ha quedado ante la puerta de la casa, los mira un instante y desaparece lentamente, volviendo hacia ellos la cabeza.)

Y si me deja en sus ojos
ver, como en una esperanza,

la claridad de esta noche
retratada...

(Se sienta junto a ella.)

MARÍA ROSA

¿Serán mis ojos espejos?

JACINTO

¡No han de serlo!... ¿Quién dudara
que al fondo de esas pupilas,
como una estrella encantada,
brilla en la noche el ensueño
de alguna dicha lejana?

MARÍA ROSA

(Con pena y desilusión.)

¡Sueños!...

JACINTO

Sueños bienhechores
que en el espíritu se alzan
lentamente, al contemplar
entre las sombras calladas,
no sé qué anuncio en la altura
ni qué misterio en la Pampa...
Sueños hondos, que parecen
arrastrar entre las alas
del viento los corazones
y el lenguaje de las almas...

(Breve silencio.)

Cuando en las noches tranquilas,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna

sobre los campos de plata,
suena la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes
rumbo a la próxima "estancia",
¿no se sueña? ¿no se siente
germinar en nuestras almas
algo indefinible y hondo,
como una voz que nos llama,
como una ilusión dormida
que, al despertar, nos abraza?

MARÍA ROSA

(Encantada.)

¡Si!

JACINTO

Y el sueño que soñamos
despiertos, con la mirada
fija en la gran soledad
de los trigales, que cantan
en la noche sus canciones
de redención y esperanza,
¿no es un buen sueño querido
que en nuestro ser se levanta
para hacernos bendecir
la aspiración del mañana,
y el bienestar que sentimos,
y en olvidar la desgracia?

MARÍA ROSA

Sueños son...

JACINTO

Sueños que llevan
el porvenir en sus alas...

MARÍA ROSA

Sí. Yo he soñado también,
con tal pasión, con tal ansia,
que he llegado a bendecir
del sueño la venturanza,
pensando que, por los mundos
que en esas horas amaba,
pude más libre sentirme,
con menos sombras amargas...
Y he soñado, porque al fin
sólo en el soñar se alcanza
la vida que ambicionamos;
porque estoy esclavizada,
sin horizontes, sin luces,
sin ilusiones, sin nada
de lo que en mi pecho ardía
cuando en mi madre confiaba..
Por eso vivir quisiera
soñando siempre; que el alma
no se apartase un instante
de la florida ventana
de los sueños... Pero, ¿a qué
soñar así, cuando pasa
la vida, sin que podamos
ver la ilusión realizada?
¡Soñar!...

JACINTO

Más firme es un sueño
cuando se juntan dos almas
para alcanzarlo en la vida...

(Pausa. Mirándola apasionadamente en los ojos.)

¡María Rosa!... Esperaba
con angustia indefinible
la blanca luna encantada

de esta noche, para abrir
mi pecho, para invitarla
a que soñemos los dos...

MARÍA ROSA

¿Y en qué soñar?

JACINTO

En la gracia
de una vida triunfadora,
de otros aires, de una santa
libertad, que nos cobije
bajo el Amor, cuyas ramas
dan consuelo al que las besa,
como un árbol de esperanza.

MARÍA ROSA

¡En el Amor!...

JACINTO

Lo más grande
que hay en el mundo. Su planta
cruza doblando claveles
por la tierra alborozada...
Por él triunfan los que sueñan,
en sus manos perfumadas
está el porvenir de gloria
de los humildes, y un ancla
de salvación nos ofrece
cuando la vida naufraga...

(Con más calor cada vez.)

¿Quiere, quiere que soñemos
en el Amor?

MARÍA ROSA

(Como en un éxtasis.)

Esperanza
constante de los que sufren,
risueño laurel del alma,
que las frentes acaricia...
Yo, en mis noches solitarias
soñé, con él, silenciosa,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna
sobre los campos de plata,
mientras la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes,
rumbo a la próxima "estancia"
resonaba en mis oídos
como el eco de una santa
y amada voz que al misterio
del porvenir me invitaba...
¡Pero no!

JACINTO

¡Sí!... ¿Quiere hacer
que viva esa voz lejana
de nuestro ensueño, en un lazo
de luz y de venturanza?

MARÍA ROSA

¿Cómo?

JACINTO

Yendo hacia el Amor.

MARÍA ROSA

¿Por dónde?

JACINTO

¡Por donde él vaya!

MARÍA ROSA

¿Y para qué?

JACINTO

Para unir
los astros de nuestras almas
en una constelación
palpitante y soberana
como la Vida...

MARÍA ROSA

¿Y a qué
llegarían nuestras ansias,
no teniendo libertad,
que es lo que el Amor reclama?

JACINTO

¡A la suprema ventura!
¡Sabríamos conquistarla
triunfando sobre el destino!

MARÍA ROSA

Tal vez fuese a la desgracia.

(Silencio. Desde un momento antes se ha dejado oir en lejanía la canción melancólica del carretero que pasa. Los dos la escuchan religiosamente.

Cuando la voz se aleja, luego de haber dado la sensación nítida de que el carretero pasa frente a la puerta de la finca, aunque a una distancia que impide verlo, María Rosa, como despertando de un sueño, dice.)

MARÍA ROSA

La vieja canción, la eterna
y amante voz solitaria
que cruza el campo callado...

JACINTO

¡Como el Amor que nos llama!
¿Quieres, quieres que soñemos
con el Amor?

(Tomándola de las manos apasionadamente. Pausa breve.)

MARÍA ROSA

En mi alma
se ha hecho una luz...

JACINTO

¿De consuelo?

MARÍA ROSA

De consuelo y de esperanza.

JACINTO

(Con gran ansiedad.)

¿Y entonces?

MARÍA ROSA

(En un arranque heroico.)

¡Sí!... ¡Que te quiero!
¡Te quiero con toda el alma!

(Jacinto imprime apasionado beso en los labios de María Rosa. Silencio.)

JACINTO

(En voz baja.)

Con este beso, una estrella
se enciende en mi corazón...

MARÍA ROSA

(Dulcemente y señalando al horizonte.)

Mira... ¿no ves?... Es aquella
que acompaña a la canción...

(Dobla su cabeza sobre el hombro de Jacinto, que vuelve a besarla ardientemente. La canción del carretero se va apagando a lo lejos, y desciende muy lentamente el telón.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Decoración a todo foro. Trigal magnífico a punto de segarse, que se extiende hacia el fondo en una ilimitada perspectiva. A la derecha sobresale el costado correspondiente a la parte posterior del edificio que figura en la jornada primera, con una puerta que da acceso al interior. Paralelamente, a modo de corredor. varios árboles de los que circundan la casa. Cerca de ésta, en segundo término, y formando ángulo con la pared lateral, una gran parva, en la que trabajan ardorosamente los peones, al levantarse el telón. A la izquierda vieja dependencia que sirve de cocina a la peonada, con una angosta vereda de ladrillos, que el tiempo ha destruído. Frente a esta cocina un enorme árbol de fuerte y retorcido tronco. Por este costado, y casi en tercer término, asoma el perfil de una trilladora moderna, que dos campesinos alistan para el trabajo. Es la media tarde.

ESCENA PRIMERA

María Rosa, Margarita, Doña Asunción, Juanita, Azucena, Luisito, Pepita, Pedro, Peón primero, Peón segundo, Peón tercero, Peón cuarto, Moza primera, Moza segunda, Moza tercera, varios Peones y Mozas del pueblo.

(Al levantarse el telón, María Rosa, sentada en primer término de la derecha, habla con Juanita, Moza primera y Moza segunda que, acompañadas de algunas más, le forman animada rueda. Margarita cose junto a la puerta

de la casa y muy cerca de ella Pepita y Luisito juegan sentados en el suelo. Azucena, frente a la cocina, habla con Peón primero, el cual dará vivas muestras de que la está cortejando. Peón segundo trabaja encima de la parva y otros peones alrededor de ella, todos provistos de las clásicas horquillas. Peón tercero y Peón cuarto observan la trilladora y preparan la leña que sirve de combustible al motor. Pedro dirige la labor de los peones que están al pie de la parva, y canta a media voz, al comenzar la jornada, un trozo de cantar campesino.)

PEÓN SEGUNDO

Cante, compañero... Dicen que el que canta,
si es que tiene penas, las penas espanta...

PEDRO

Será... Pero ésta ya no es tan sencilla:
para alzar las parvas, manejar la horquilla...
¡Miren cómo lucen sus dientes de acero!
Bajo el fuerte empuje del brazo certero
que el monte de pastos al suelo arrebata,
se pone lustrosa, parece de plata...
Se resiste, pesa, pero al fin se humilla;
y así va subiendo la parva amarilla...

PEÓN TERCERO

Se eleva, se eleva...

PEÓN SEGUNDO

Por este camino
va a tener la altura que tiene el molino
Bien merece, ante esta montaña que brilla,
un recuerdo el pobre que inventó la horquilla.

PEÓN SEGUNDO

¡Merece un azote soltado sin pena,
para que no invente cosas de faena!
(Se sienta un momento sobre la parva.)

PEDRO

Sí... Igual que nosotros; siempre con la frente
cerca de la tierra, bajo el sol ardiente...
Pero el sol... perdona con sonrisas de oro.

PEÓN SEGUNDO

¡El que no perdona nunca es don Teodoro!

DOÑA ASUNCIÓN

(Saliendo de la cocina. A Azucena.)

¡Muchacha! ¿Qué esperas?

AZUCENA

Yo nada, señora ..

DOÑA ASUNCIÓN

¿Y el balde del agua, que hace ya una hora
te pedí?

AZUCENA

¡Dios mío, me había olvidado!

(Desaparece corriendo por la derecha. Vuelve a poco con el balde.)

DOÑA ASUNCIÓN

(A Peón primero.)

¿Y usted, muy tranquilo se queda sentado?

PEÓN PRIMERO

¿Y usted, tiene celos porque la muchacha.. ?

DOÑA ASUNCIÓN

¡Váyase a otra parte!... ¿Celos por su facha
de gallo sin plumas?

PEÓN PRIMERO

¿Cómo?

DOÑA ASUNCIÓN

No se aflija,
que yo no he criado para usted mi hija...

PEÓN PRIMERO

Pero... ¿sufre siempre los mismos errores?

DOÑA ASUNCIÓN

¿De qué?

PEÓN PRIMERO

¡Se ha creído que le hablo de amores!

(Vase riendo hacia el fondo, donde se pone a trabajar en la parva.)

DOÑA ASUNCIÓN

¡A eso no te atreves, que si te atrevieras
pueda ser que el pobre pellejo perdieras!

(Entra a la cocina).

PEPITA

¡Que te quedes quieto!

LUISITO

¡No seas tramposa!

MARGARITA

Quien mejor se porte ganará una cosa...

PEPITA

Bueno, yo la gano, porque más no juego.

LUISITO

¿A verla?

PEPITA

¡Mentira!

MARGARITA

Ya la verán luego.

JUANITA

(A María Rosa.)

¿No tienes motivos para estar contenta?

MOZA PRIMERA

¿Y todas sabemos que se te presenta
tan lindo partido?

MARÍA ROSA

La voz de la gente,
como no es sincera, me es indiferente

MOZA SEGUNDA

¿Por qué?

JUANITA

Si cuando hablan ofrecen razones...

MARÍA ROSA

Ya dije que odiaba las murmuraciones;
que no me interesa lo que el pueblo diga

MOZA PRIMERA

Pues yo lo repito porque soy tu amiga.

MOZA SEGUNDA

Dicen que a tu padre también le conviene
de veras la boda...

JUANITA

Don Teodoro tiene
la mejor fortuna del pueblo...

MOZA PRIMERA

Parece
que para tu padre la desgracia crece.

MOZA SEGUNDA

En la otra cosecha perdió casi todo.

JUANITA

Y ahora, el casamiento viene, de este modo,
a salvar la pena de tu pobre viejo...

MARÍA ROSA

(Levantándose disgustada.)

Ya sé lo que dicen. Por eso las dejo.
Inventen historias; digan cuanto quieran...

¡Que sí, que me caso!... Si ustedes esperan
sacar de mi boca más informaciones,
están frescas... ¡Basta de contemplaciones!
¡Hasta pronto!

(Medio mutis.)

MOZA PRIMERA

¡Gracias!

JUANITA

No nos merecemos
que así nos contestes, porque te contemos...

MOZA SEGUNDA

¡Claro!

MOZA PRIMERA

¡Qué reservas!

MOZA SEGUNDA

Pues nos volveremos.

JUANITA

¡Parece mentira: te desconocemos!

MARÍA ROSA

Yo también me asombro, porque no creía
que hubiese en el pueblo tanta hipocresía.

(Las deja boquiabiertas, desapareciendo por la casa. Ellas se encaran con doña Asunción, que ha escuchado las últimas palabras.)

JUANITA

¡Pero esto es el colmo! ¿No ha visto, Asunción?

MOZA PRIMERA

¿Qué nos dice de esto?

DOÑA ASUNCIÓN

(Con mucha ironía.)

¡Que tienen razón!
Ustedes, tan buenas, le cuentan las cosas...

JUANITA

¡Pero es que estas chicas son muy orgullosas!

MOZA PRIMERA

¡Qué contestaciones! Nunca lo creí...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Y qué van a hacerle? El mundo es así...

(Se sientan a conversar cerca de la puerta de la cocina.)

PEÓN SEGUNDO

¡Pedro!... Son las cuatro... ¿Sonó la campana?

PEDRO

No sé; me parece que no tienen gana
de que descansemos.

PEÓN PRIMERO

Aquí cada día
se empeora el trabajo.

PEDRO

Don Teodoro haría
trabajar de noche con toda soltura,
si se le ocurriera.

PEÓN PRIMERO

Ninguna locura
de esas ya me asombra... Son las que él prefiere.

PEDRO

¡Porque le dejamos hacer lo que quiere!

PEÓN TERCERO

Pues la trilladora ya está en sus cabales.

PEÓN CUARTO

Mañana temprano los pobres trigales
sentirán la pena de perder sus granos.

PEÓN PRIMERO

(Señalando hacia al campo con entusiasmo).
¡Miren qué hermosura! ¡Parecen hermanos!
La cosecha este año será favorita,
porque así lo quiere la tierra bendita.
¡Este año es de gloria!

PEDRO

(Dejando la horquilla, recostado en la parva y sentándose).

¡Bah! Para nosotros
este año es de angustias, igual que los otros.
¿No piensas?

PEÓN PRIMERO

Lo pienso también, Pedro amigo:
¡no es para el que siembra la gloria del trigo!

(Se sienta junto a Pedro. Los de la trilladora hacen lo mismo.)

PEÓN SEGUNDO

¡Yo estoy reventado!

PEDRO

Descansa un momento.

PEÓN SEGUNDO

Ya es hora.

PEÓN PRIMERO

Y no tocan

PEÓN SEGUNDO

Y entretanto, siento
como si tuviese la espalda quemada.

PEÓN PRIMERO

Es mucho trabajo.

PEDRO

Poca la peonada

(Peón segundo baja de la parva y se sienta junto a los demás.)

JUANITA

(Acercándose, con Mozas primera y segunda, a Margarita.)

¡Margarita! ¿Quieres venir a la fiesta
de mañana?

MARGARITA

Gracias. Me encuentro molesta
fuera de mi casa.

JUANITA

¡Jesús! ¿Quién diría
que a tus pocos años les falta alegría?

MARGARITA

No es eso...

MOZA PRIMERA

¿Y entonces?...

MARGARITA

Nada... Que prefiero
quedarme.

MOZA SEGUNDA

Es extraño.

JUANITA

Pues el pueblo entero
va a estar de jarana.

MARGARITA

Ya sé.

JUANITA

Habrá carreras,
y juegos de cintas, y baile, y banderas...

Y en el circo nuevo, lo mejor del día:
¡va a dar dos funciones una compañía!

MARGARITA

No; les agradezco...

JUANITA

Yo hubiera querido
que fueras. Me extraña que no hayan venido
las otras muchachas también a pedirte...

MARGARITA

Les diré lo mismo.

JUANITA

Debes decidirte..

(Aparece don Teodoro por el fondo derecha, con un rebenque en la mano. Todas las mozas se apresuran a rendirle homenaje.)

ESCENA II

DICHOS Y DON TEODORO

DON TEODORO

¿Qué tal, buenas mozas?

JUANITA

(Coqueta.)

Gracias,
don Teodoro, por mi parte...
¿Cómo está?

DON TEODORO

Siempre lo mismo

MOZA SEGUNDA

(Aproximándose, con otras, mientras doña Asunción y Azucena desaparecen por la cocina.)

Don Teodoro, buenas tardes...

DON TEODORO

(Dando la mano, mientras habla.)

¿Y a qué se debe la grata
presencia de tan brillantes
mozas por aquí?

JUANITA

Es que andamos
en el arreglo del baile,
y avisando a las amigas
que no queremos que falten
a la fiesta.

MOZA SEGUNDA

Será hermosa.

DON TEODORO

Sí; va a estar interesante...
Sobre todo viendo a ustedes,
que son las más agradables.

JUANITA

¡Qué lisonja!

MOZA TERCERA

Muchas gracias

MOZA PRIMERA

Es favor...

JUANITA

¡Lástima grande
que Margarita con Rosa
no quieran venir!...

DON TEODORO

No salen.

MOZA TERCERA

Hacen mal.

DON TEODORO

Cuestión de genios.

MARGARITA

No le agrada a nuestro padre.

MOZA SEGUNDA

Es lástima.

(Pequeña pausa.)

JUANITA

Nos han dicho,
don Teodoro, la otra tarde,
que usted gana en las carreras

DON TEODORO

Lo espero. No hay quien alcance,
por más que cinche, al galope
de mi yunta de alazanes.
¡Al galope!... Esos potrillos
le dan ventaja al que raye.

(Siguen conversando animadamente, mientras se oye la voz de Pedro, que vuelve a cantar el "estilo" de antes.)

JUANITA

Será un gran triunfo. Debemos
felicitarlo desde antes.

DON TEODORO

Yo sé acreditar la marca...
Vuelvo. Voy a ver qué se hace.

(Se dirige hacia donde están los peones, quienes al verlo se levantan y toman sus instrumentos de trabajo.)

Pero, ¿ustedes no escarmientan?
¿Son enfermos incurables?

PEÓN PRIMERO

Señor...

DON TEODORO

No hay "señor" que valga.
Ya estoy harto de aguantarles
disculpas. Aquí se come
para que todos trabajen,
y no para estar sentados.

PEDRO

Son las cuatro de la tarde
y es el descanso.

PEÓN PRIMERO

Yo quise
decirles que se esperasen
al toque de la campana.

PEDRO

¡Pero no la toca nadie!

DON TEODORO

¡Ni nadie tocarla debe
mientras que yo no lo mande!
No faltaba más. ¿Quisieran
estar siempre panza al aire?

PEDRO

Señor: los hombres no son
de madera, son de carne;
y no ha de encontrarse en todo
este pueblo quien los trate
de tal manera; el descanso
a las tres siempre se hace.

PEÓN SEGUNDO

O a las cuatro...

PEÓN PRIMERO

Eso es lo mismo.

PEDRO

La cuestión es que hay que darle
descanso al cuerpo; lo pide
para no descostillarse...
¿Qué quiere? ¿Que el hombre caiga
sobre el campo? ¿Que se agache
con la horquilla entre las manos
desde que el sol se levante
hasta que muera? Es horrible...

DON TEODORO

¡Lo que quiero es que te calles!

(Los peones se van retirando hacia el fondo).

PEÓN PRIMERO

Hay que tener más conciencia.

PEDRO

¡Esto ya es insoportable!

DON TEODORO

Quien no soporta soy yo.
Cuidarás que no descargue
por tu cabeza el rebenque.

PEDRO

(Sin poderse contener.)

¿A mí?

DON TEODORO

¡Vuelve a contestarme!

(Une la acción a la palabra. Pedro esquiva el rebencazo y corre hacia la parva, empuñando una horquilla en actitud amenazante. Los demás peones lo sujetan.)

PEDRO

¡Y usted castigue!

PEONES

¡No, Pedro!

DON TEODORO

¡Verás cómo he de arreglarte!
¡Esto era lo que faltaba!

MARGARITA

(Corriendo hacia la parva con las demás mozas.)

¿Qué hay?

DON TEODORO

Nada. Que ese cobarde,
valiéndose de la horquilla...

JUANITA

¡Dios mío!

DON TEODORO

Quiso atacarme...
Pero, ¿qué ... ¿Se han asustado?

TODAS

¡Mucho!

DON TEODORO

No hay que preocuparse.
Cuando termine el trabajo

de estos días, sabré darles
el merecido... Ya pueden
ir preparando su viaje...
Hasta luego.

(Mutis por la casa.)

TODAS

Hasta mañana,
don Teodoro.

(Pausa.)

JUANITA

¡Qué salvajes
son estos peones!

MARGARITA

No tienen
ellos la culpa... ¿Qué hacen?
Trabajar... Todos los días
pasa lo mismo...

MOZA SEGUNDA

¡Qué trances!

JUANITA

¿Es posible?... ¿Cómo es eso?
¿Se puede contar?... No saben
nada en el pueblo... Es extraño...

MARGARITA

Ni a nadie debe importarle.

MOZA PRIMERA

¿Vamos a la quinta?

MARGARITA

Vamos...

JUANITA

(A María Rosa, que aparece por la casa con un ramo de flores.)

Esperamos que te pasen
los enojos...

MARÍA ROSA

Como gusten

JUANITA

No volveremos a hablarte
de cosas que te hagan daño.

MARÍA ROSA

Nada pido. Con dejarme,
todo se arregla...

JUANITA

Pues vamos
a visitar los parrales...

(Desaparecen por el último término de la derecha.)

ESCENA III

María Rosa y Jacinto

(Jacinto aparece por el fondo izquierda, con un **"cojinillo", que dejará, lo mismo que el rebenque, sobre un banco de los que hay frente a la cocina.)**

Jacinto

Buenas tardes, Asunción.

Doña Asunción

(Desde adentro.)

Buenas, muchacho. Creía
que ya no ibas a volver.

Jacinto

El "mate" nunca se olvida.

María Rosa

¿De vuelta?

Jacinto

Vengo encantado.

María Rosa

¿Mi padre?

JACINTO

Allá en la cuchilla
corre, admirando la hacienda,
tan satisfecha y lucida...
Lástima, pensé, que ahora
esto sea de quien mira
sólo para sí... Lo siento
igual que si fuese mía
la desgracia...

MARÍA ROSA

Fué el destino.
No te preocupes, olvida
cosas de tristeza...

JACINTO

En cambio
yo he sentido otra alegría
sin interés, en el alma...

MARÍA ROSA

¿Cuál?

JACINTO

Viendo la maravilla
de indescriptibles colores
que deslumbran las pupilas,
por esos lotes fecundos
y en esas leguas floridas...

MARÍA ROSA

Es la estación...

JACINTO

¡Todo brota
para encantarnos la vista!
El sol, como una paleta
que distribuye las tintas,
vuelca en la tierra los besos
que hacen madurar la espiga;
lejos, opulentas parvas
de refulgencia amarilla
cortan el cielo en pequeñas
montañas de fantasía;
más cerca, un campo de lino
su coloración distinta
nos ofrece, y a los cuatro
puntos del viento se animan
los pródigos alfalfares,
las verbenas compasivas,
las margaritas celestes
y las rojas margaritas,
y el trigo, junto a los verdes
infinitos que matizan
de increíbles gradaciones
la alfombra de la campiña...

MARÍA ROSA

¿Y los pájaros?

JACINTO

También
su encanto y color nos brindan.
Es una gloria. Dan ganas
de correr, de echar la risa
a volar como un jilguero,
de ponerse cara arriba

sobre la tierra y cantar
alabanzas a la vida.
¡Vivir!

MARÍA ROSA

Siempre tus visiones
y tus locas alegrías
por estas cosas... ¿Qué has hecho?
¿No has entrado de visita
donde alguna buena moza
te recibió?

JACINTO

Sólo habría
de ello ocasión, para el caso
de remediar mis fatigas,
si el recuerdo que a tus ojos
encantadores me liga
no estuviese a todas horas
presente en mi ser...

MARÍA ROSA

¡Qué fina
se está poniendo la tarde!

JACINTO

Es porque ha visto a María
cortar con sus blancas manos
flores frescas en la quinta...

MARÍA ROSA

¿Te gustan?

JACINTO

Encantadoras

MARÍA ROSA

¿Quieres una?

JACINTO

¿Quién diría
que no, si son tan fragantes
y están con dueña tan linda?

MARÍA ROSA

Se pone más fino el tiempo...
¿Cuál quieres?

JACINTO

La que tú elijas.

MARÍA ROSA

¿Esta, que es más encarnada
que la sangre de una herida?

JACINTO

Esa, sí.

MARÍA ROSA

¿Por vergonzosa?

JACINTO

No; porque te tiene envidia.

MARÍA ROSA

¿A mí?

(Jacinto queda con la flor en la mano.)

JACINTO

Sí. ¡Le ha dado rabia
porque eres tú más bonita!

MARÍA ROSA

¡Qué adulador! ¿No aprendiste
otra?

JACINTO

¿Otra... qué?

MARÍA ROSA

Otra mentira...
Otra canción...

JACINTO

La de siempre,
la que morir no podría,
porque es la de mi cariño,
la compañera y amiga
de la luz; que está vibrando
continuamente en el día,
que sueña con los luceros
y que es la más complacida
que se despierta en el campo
con la primer "vidalita"
de la alborada...

MARÍA ROSA

Tú sabes
que es la canción de mi vida...

(Pausa.)

JACINTO

¿Te ha vuelto a hablar ese hombre?

MARÍA ROSA

Esta mañana; tenía
luz tan extraña en los ojos,
que me dió miedo... Se irrita
porque no logra arrancarme
la respuesta apetecida.

JACINTO

¿Tu padre siempre con él?

MARÍA ROSA

Más que nunca.

JACINTO

Se precisa
tener poca dignidad
para insistir en la misma
pretensión, cuando se sabe
que no hay cosa más reñida
con el cariño, que el gesto
que a amar por la fuerza obliga...

MARÍA ROSA

Me da temor...

JACINTO

Él quisiera
coparte, como conquista
cuanto quiere en todo el pueblo.

MARÍA ROSA

No es buen camino.

JACINTO

Camina
ciego de rencor.

MARÍA ROSA

No puede
nunca llegar...

JACINTO

Pues que siga

MARÍA ROSA

Sí; pero mientras. la fiebre
de ese dolor me aniquila.

JACINTO

¿Y entonces?

MARÍA ROSA

No sé qué hacer...

JACINTO

Ya te lo he dicho. María.
Busquemos la solución
lejos...

MARÍA ROSA

Tal vez nuestra dicha
fuese decirle a mi padre...

JACINTO

Tu padre ya no me estima
como antes, y ese hombre
sospecha, porque me mira
como diciendo: "¿Eres tú
quien vencerme se imagina?"

MARÍA ROSA

(Al ver a Don Teodoro que, apareciendo por el fondo de la casa, ha dado vuelta por detrás de la parva, para acercarse al primer término de la derecha.)

¡El está!

DON TEODORO

(Después de un silencio.)

¿Dónde ha quedado
Don Sebastián?

JACINTO

Ahí venía...

(María Rosa, confusa y emocionada, hace mutis por la casa. Silencio).

ESCENA IV

JACINTO y DON TEODORO

DON TEODORO

(Riendo nerviosamente, por las flores que ha dado a Jacinto María Rosa.)

¿Flores del tiempo?

JACINTO

Pues bueno fuera
que no las diese la Primavera...

DON TEODORO

(Sarcástico.)

¿Al despedirse?

JACINTO

¡Rosas divinas!

DON TEODORO

¡Hay que cuidarse de las espinas!

JACINTO

Yo no les temo: quien los colores
y los perfumes busca en las flores,
también comprende si encuentra rosas,
que las espinas son dolorosas...
Y así, les brindo mi amor sin fin,
siempre que paso por el jardín.

DON TEODORO

Pero es preciso saber primero
si el jardín tiene ya jardinero,
porque comete pecado igual
el que unas flores roba al rosal
como el que roba, de audacia lleno,
granos o haciendas al campo ajeno...

JACINTO

(Pausadamente, recalcando las palabras con profunda ironía, para hacer mutis por el último término de la derecha.)

¡Señor: entonces, estoy salvado!

¡Yo no las robo, me las han dado!

(Don Teodoro lo mira alejarse, hasta que la voz de Don Sebastián, que entra por último término de la izquierda, le hace volver la cabeza.)

DON SEBASTIÁN

Cuando usted quiera, puede ordenar
las cinco jaulas a la estación...

DON TEODORO

Mañana, hay tiempo.

DON SEBASTIÁN

¡Qué colección
de sus novillos voy a mandar!

DON TEODORO

Como esta noche no sale el tren,
primeramente vamos a hablar
de algo importante...

DON SEBASTIÁN

Bueno, muy bien.

DON TEODORO

Hay varias cosas para arreglar...

(Hacen mutis lentamente por la puerta de la casa. Se oyen tres campanadas lejanas, que anuncian el momento en que los peones deben dejar el trabajo, reuniéndose frente a la cocina a tomar el "mate cocido" que doña Asunción, ayudada por Azucena, servirá en burdos

platos de latón. Aparecen por la puerta de la casa Margarita, Juanita, Moza primera, Moza segunda, Moza tercera y otras. Por detrás de la parva y por el último término de la izquierda y derecha van apareciendo peones que al llegar dejan sus horquillas en lugar apropiado. También aparecen por el fondo derecha varias mozas, que formarán rueda con las demás, saludando a Margarita y estacionándose alrededor de los árboles de la derecha. Mientras se verifica esta entrada de personajes que debe ser lenta, doña Asunción y Azucena, saliendo de la cocina con los útiles necesarios, habrán realizado lo que se indicó anteriormente, yendo luego a integrar el grupo de las mozas del pueblo. Todos conversan. Mucha animación.)

ESCENA V

DOÑA ASUNCIÓN, AZUCENA, MARGARITA, JUANITA, MOZA PRIMERA, MOZA SEGUNDA, MOZA TERCERA, PEPITA, LUISITO, PEDRO, PEÓN PRIMERO, PEON SEGUNDO, Mozas del pueblo y otros Peones.

DOÑA ASUNCIÓN

Ya está todo preparado.

AZUCENA

Pero quién sabe si alcanza.

DOÑA ASUNCIÓN

Hay de sobra. Y además
pueden ir dando las gracias

a don Sebastián, que tiene
más buen corazón que plata...

AZUCENA

¿Por qué?

DOÑA ASUNCIÓN

Porque don Teodoro
me dijo la otra mañana
que quería suprimir
este lujo a la peonada...

PEDRO

(Que oye las últimas palabras.)

Sí; este es un lujo, lo mismo
que el de tocar la campana
para el descanso.

PEÓN PRIMERO

¡Parece
que somos bestias!

PEDRO

¡Da rabia!

(Pausa. Todos se inclinan sobre su plato. Pepita y Luisito aparecen tras de El Maestro por la puerta de la casa y se juntan al grupo de peones.)

ESCENA VI

DICHOS Y EL MAESTRO

EL MAESTRO

¡Dios guarde a la buena gente!

VARIOS

¡El maestro!

MARGARITA

Buenas tardes...

JUANITA

Me alegro que haya venido,
porque tenemos que hablarle.

EL MAESTRO

¿De qué?

JUANITA

¿Dicen que en la escuela
hay ratones?

EL MAESTRO

No te extrañe,
porque esos animalitos
son muy buenos colegiales...

PEÓN PRIMERO

¡Maestro!

EL MAESTRO

Voy hacia ustedes.

PEÓN PRIMERO

Dice Pedro que usted sabe
una canción muy hermosa...

PEDRO

Sí, como todas las que hace.

PEÓN PRIMERO

Pues queremos aprenderla.

VOCES

¡Que la diga!

EL MAESTRO

No es bastante
con la voluntad. Podrían
oirnos y disgustarse.

PEDRO

No; si estamos descansando...

PEÓN PRIMERO

Y además, no vendrá nadie.

EL MAESTRO

(Riendo.)

¿Y estas mozas?

PEÓN PRIMERO

¡Que la escuchen!

PEDRO

También puede interesarles.

MARGARITA

(Que se ha acercado con las demás mozas.)

Las palabras del maestro
son muy dignas de escucharse

JUANITA

(A Moza primera. Aparte.)

No está bien de los tornillos
el viejo...

MOZA PRIMERA

¿Qué disparates
irá a decir?...

EL MAESTRO

Pues entonces,
muchas gracias, y al instante...

(Mientras saca los papeles, se habrá sentado. Hombres y mujeres le harán círculo, formando un cuadro pintoresco que el anciano Maestro domina con su actitud venerable.)

Sabed que mi dicha fuera
ver que los mozos la canten
al compás de las guitarras,
sintiendo, con sus bondades,
y al fondo del corazón,
junto al cariño triunfante
del hombre bueno, un profundo
amor a la vida, grande
como nada... Yo soy viejo;
yo no puedo entusiasmarme
demasiado... Pero aun queda
calor de ensueño en mi sangre...

(Leyendo.)

Oid... Cantemos en estas quintas
que el sol decora de rojas tintas
con alma y vida nuestra canción,
la que saluda cielos y auroras:
la que ha encantado las trilladoras
y ofrece al trigo su bendición.
Cantemos todos, juntos y ufanos,
esta gloriosa canción de hermanos
que en las entrañas siento latir.
porque con ella va el pensamiento,
porque es la savia del sentimiento
y arde en amores del porvenir...
Por estos campos de fuerza viva
que hoy la codicia voraz cultiva,
bien para unos, para otros mal
cruzaba el rudo potro salvaje,
vibraba el canto del paisanaje,
soplaba un libre viento inmortal.
Bajo estos árboles de augusta fronda,
que el tiempo a triste desprecio entrega
y yo, de niño, miré crecer,
soñó otros mundos la Pampa honda,

con la guitarra de Santos Vega
y el alma virgen del buen ayer.
¡Campos que hoy sienten la fuerza amiga!
¿Quiénes les hacen brotar la espiga?
¿Quién le ha dado todo el calor?
La voz del viento dice: "¡Vosotros
que habéis sembrado para los otros
y habéis tenido sólo el dolor!"
¿Quién de la burda camisa rota
pobre bombacha, doliente bota,
dejó en la tierra su juventud?
"¡Vosotros — clama la voz del viento —
que aunque habéis sido luz del momento
no tenéis premios a la virtud!..."
Labrad la tierra con energía
fuertes gañanes que al fin del día
caéis rendidos en el galpón...
Labrad la tierra, pero sed bravos;
no hagáis lo mismo que los esclavos,
que se olvidaban del corazón.
Rieguen la tierra vuestros empeños,
abrid el surco para los dueños
que sus castillos alzando van;
pero que nunca dobléis la frente:
sed siempre altivos, tened presente
lo que se sufre ganando el pan...
Y si en la noche de una derrota,
con la flotante camisa rota.
buscáis el techo del buen señor
para pedirle su pan y abrigo,
decid: "¡Nosotros somos el trigo,
somos la vida, somos la flor!...
Flor de esperanza que el astro baña
sobre los triunfos de la campaña
que el brazo fuerte supo alcanzar...
¡No te pedimos, señor, favores!

¡La hemos regado con los sudores
de nuestras frentes, para sembrar!
Dadnos a todos la franca mano,
sed nuestro amigo, sed nuestro hermano,
y haya armonía siempre, señor...
Que ya no quiere sombras la tierra:
¡por tus dominios cruza la guerra
y aquí en nosotros canta el Amor!"

(La lectura del Maestro obtiene una entusiasta acogida, animándose el cuadro en explosión de plácemes, comentarios y risas, hasta que se reanuda el diálogo.)

JUANITA

(A Margarita.)

¿Qué te ha parecido?

MARGARITA

Hermoso.

JUANITA

(A Moza primera.)

¿Y a tí?

MOZA PRIMERA

Regular.

MOZA SEGUNDA

Sin gracia...

JUANITA

Pues yo no sé: te aseguro
que no entendí una palabra.

(Aparece don Teodoro con don Sebastián por la puerta de la casa. El primero, al ver el grupo, dando unas recias palmadas, grita:)

DON TEODORO

¡Eh, vamos, qué hacen!

DOÑA ASUNCIÓN

Parece
que ya tocan la campana...

(Peones y mozas del pueblo desaparecen, cada cual por donde ha entrado. Margarita, Doña Asunción, Juanita, Moza primera, Moza segunda, etc., y los niños por último término de la derecha. Don Sebastián permanece junto a la casa.)

ESCENA VII

DON SEBASTIÁN, DON TEODORO Y EL MAESTRO

DON TEODORO

¿Sabrá usted, mi buen anciano,
que no por ser el maestro
se puede andar de este modo
a la gente entreteniendo?
No es cosa que me complace,
ni es tampoco muy correcto.

EL MAESTRO

Era un rato de expansión;
no hay ningún delito en ello...

DON TEODORO

Ya lo sé, pero...

EL MAESTRO

Le expongo
mis disculpas... Ya comprendo
que no es hora de charlar,
y que no tengo derecho...
vamos... a venir aquí...

DON TEODORO

Yo la entrada no le niego
porque, además, los dos niños
son sus discípulos... Pero...

EL MAESTRO

Ya sé, sí... Lo tendré en cuenta...

PEPITA

(Desde la puerta.)

¡Maestro! ¡Venga, maestro!

EL MAESTRO

¡Voy!... Disculpe, don Teodoro;
ya ve... son cosas de viejo...

(Vase, deteniéndose antes de hacer mutis, para pedir por última vez disculpa con el ademán.)

DON SEBASTIÁN

¡Pobre hombre! Es un infeliz.

DON TEODORO

Sí; nadie niega que es bueno,
pero mete el pico en todo,
y eso es lo que yo no quiero...

(Pausa. Azucena les ofrece "mate").

ESCENA VIII

DON TEODORO, DON SEBASTIÁN Y AZUCENA

DON TEODORO

Entonces, don Sebastián,
ya sabe que estoy dispuesto
a extirpar ciertas raíces
que no convienen...

DON SEBASTIÁN

Comprendo...

DON TEODORO

No es posible tolerar
las insolencias de Pedro,
ni tenerles compasión
a otros... Estoy sirviendo
de juguete, y para hacer
algún día un escarmiento
perjudicial, es mejor
buscar antes el remedio,
dándoles el pasaporte
sin más tardanza. ¡He resuelto
que emigren!

DON SEBASTIÁN

Ahora... es el caso
que hacen falta.

DON TEODORO

Estoy de acuerdo.
Los hemos de echar después,
y entretanto, pediremos
otros peones; tengo amigos
que pueden servirme en eso;
y si es que los mandan pronto,
mejor, más pronto echo a éstos.

DON SEBASTIÁN

Le juro que me hago cruces
por la conducta de Pedro...
Siempre fué tan respetuoso
que, francamente, no entiendo
cómo...

DON TEODORO

Será ese el que ha de irse
mañana mismo: el primero.

DON SEBASTIÁN

Pues créame, don Teodoro,
que muy de verdad lo siento.

DON TEODORO

No, don Sebastián; lo que hay
es que usted peca de bueno,
y no ha sabido tratar
a esta gente...

DON SEBASTIÁN

Si; eso es cierto...
Para mandar yo no sirvo;
no tengo carácter...

DON TEODORO

Eso
produce estos resultados.
Con semejantes soberbios
no se puede ser así,
porque son tan majaderos,
que, en cuanto les dan la mano,
se toman el cuerpo entero...

DON TEODORO

(Pausa.)

Luego está el otro...

DON SEBASTIÁN

¿Jacinto?

DON TEODORO

Si; ya sabe lo que pienso...
Está equivocando el rumbo,
y lo he visto en devaneos
que no me agradan... Sería
conveniente, y le encomiendo
la solución del asunto,
que el mozo, ya que no es lerdo,
fuese a organizar las "marcas"
del otro establecimiento...
Y que allí quede... En tal caso,
le ofrece aumento de sueldo...

DON SEBASTIÁN

También siento que se vaya.
Tantos favores me ha hecho
y tuvo siempre tan buena
voluntad, que le confieso

mi gratitud hacia él
por su ayuda, aunque respeto,
sin embargo, esta opinión...

DON TEODORO

Tengo motivos para ello.
No sé por qué me parece
que está jugando con fuego.

DON SEBASTIÁN

Acaso, María Rosa...

DON TEODORO

Parece que sí; pero eso
no me aflige, porque, al fin,
también soy hombre, y no temo
competencias, sobre todo
cuando me asiste el derecho...

DON SEBASTIÁN

Pues yo arreglaré este asunto,
que, siendo así, ya es más serio.

DON TEODORO

Yo, entretanto, haré las cartas
para pedir peones nuevos....

(Desaparecen lentamente por el fondo derecha al tiempo que aparece Peón primero por el fondo izquierdo, encarándose con Azucena, que ha terminado de servir el "mate").

PEÓN PRIMERO

¿Solita estás?

AZUCENA

Ya lo ves...
¿Cómo tan pronto de vuelta?

PEÓN PRIMERO

Vengo a buscar unas lonjas,
y como es ocasión buena,
a pedirte que me cumplas
de una vez con la promesa...

AZUCENA

No, mañana...

PEÓN PRIMERO

Hoy, me dijiste.

AZUCENA

No.

PEÓN PRIMERO

¿Por qué?

AZUCENA

Me da vergüenza...

PEÓN PRIMERO

¿Vergüenza de los gorriones?
No seas mala, Azucena...

(Le da un beso a traición en el momento que Doña Asunción, Margarita y Juanita aparecen por la puerta de la casa. Peón primero huye por detrás de la parva.)

JUANITA

¡Lindo!

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por qué?

JUANITA

Porque si...

(Pedro aparece por la izquierda y se pone a conversar con Margarita.)

DOÑA ASUNCIÓN

Yo la gracia no le veo.

JUANITA

¡Ya tengo una cosa nueva
para contar en el pueblo!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Dios te libre!

JUANITA

(Vase riendo a carcajadas.)

¡Hasta mañana!
¡Si te he visto, no me acuerdo!

DOÑA ASUNCIÓN

(A Azucena, que se ha refugiado cerca de la parva, llena de miedo.)

Dígame, ¿qué fué ese ruido?

AZUCENA

Y... habrán sido los jilgueros...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Los jilgueros?

AZUCENA

Pueda ser...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Descarada!... ¡Vaya adentro!

(Azucena escapa ante la actitud amenazadora de Doña Asunción, que quiere acercársele.)

MARGARITA

(A Pedro.)

¡Por Dios, trate de evitarlo!
Yo se lo suplico, Pedro...
Mire que ese hombre...

PEDRO

No tema...
La aprecio a usted... Sólo vengo
a hablar con Jacinto...

MARGARITA

Gracias.

DOÑA ASUNCIÓN

También el pobre está negro
de indignación... ¡Ah! Y a ustedes
los va a echar...

PEDRO

¿Si?

DOÑA ASUNCIÓN

Ya lo creo.

MARGARITA

Aquí lo dijo hace un rato.

DOÑA ASUNCIÓN

Después que ustedes se fueron.
Yo me iba a ir, y muy pronto;

PEDRO

pero ahora, sabiendo esto,
será hoy. Voy a avisarles
también a mis compañeros...

(Medio mutis)

MARGARITA

No se vaya...

PEDRO

Por usted,
cualquier cosa, menos eso.
Es cuestión de dignidad...

(Vase.)

DOÑA ASUNCIÓN

¡El muchacho es de los nuestros!

MARGARITA

Tiene coraje...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Te gusta?

MARGARITA

Porque es valiente lo aprecio..

(Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

DON TEODORO Y DOÑA ASUNCIÓN

DON TEODORO

(Por el fondo derecha.)

Dele estas cartas a un peón
y que las lleve al correo...

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien...

(Medio mutis.)

DON TEODORO

O si no, traiga;
yo voy a llevarlas luego.

(Aparece don Sebastián por la puerta de la derecha. Vase doña Asunción a la cocina.)

DON SEBASTIÁN

Va mal el asunto.

DON TEODORO

¿Qué?

DON SEBASTIÁN

Que no quiere.

DON TEODORO

Lo veremos.
Voy a llevar estas cartas
yo mismo. En seguida vuelvo.
No se olvide de decirle
a Rosa que siempre tengo
la esperanza en su bondad,
y que su palabra espero.

DON SEBASTIÁN

Tenga confianza en mi acción.

DON TEODORO

Sabe cuánto le agradezco...

(Vase por la izquierda. María Rosa se asoma a la puerta de la casa, llamando.)

ESCENA X

DON SEBASTIÁN y MARÍA ROSA

MARÍA ROSA

¡Margarita!

DON SEBASTIÁN

No está aquí.
Pero escucha, no te vayas.
¿Tienes que hacer?

MARÍA ROSA

No.

DON SEBASTIÁN

Pues bueno
quiero hablarte.

MARÍA ROSA

Lo esperaba.
También yo quiero decirle...

DON SEBASTIÁN

¿Sabes de lo qué se trata?

MARÍA ROSA

No sé... Pero lo imagino.

DON SEBASTIÁN

Pues bien. Don Teodoro acaba
de hablarme de ti. No extrañes
mi actitud.

MARÍA ROSA

No, no me extraña.

DON SEBASTIÁN

Sabes el alto respeto
que todos en esta casa,
y yo antes que nadie, tienen
por don Teodoro... El me habla
de hacer algo decisivo,
como hombre de cuentas claras,
y hay que dejar definida
su situación ante...

MARÍA ROSA

¡Basta!

DON SEBASTIÁN

María Rosa: te ruego
que esta vez...

MARÍA ROSA

No es de eficacia
la súplica... Ya no puedo
contenerme... Esta mañana
le di la definitiva
respuesta...

DON SEBASTIÁN

Pero contraria.

MARÍA ROSA

¿Y a qué insiste? No comprendo
su terquedad... ¿O es que manda
también en mí?

DON SEBASTIÁN

¡María Rosa!

MARÍA ROSA

Perdón, padre, si soy franca;
pero es fuerza que lo sea...
Usted no sabe las lágrimas
que estoy derramando. Muchas,
muchas veces, desbordaba
mi corazón por decirle
la verdad, y en mis palabras
reflejarle este sentir
como en el cristal del agua.
Muchas veces he querido
decírselo, y otras tantas
todo lo que tengo adentro
con mi amargura se ahogaba.
Y he sufrido silenciosa,
cobarde, desesperada,
hasta hoy, ante la idea
de soportar esta carga
siempre... ¡Pero ahora no quiero
quedar más tiempo callada!
Le diré lo que sentía,
lo que sufrí, lo que ansiaba;
todo cuanto aquí, en lo hondo,
me está consumiendo el alma.

DON SEBASTIÁN

Dímelo pronto.

MARÍA ROSA

En seguida:
¡que no he de estar condenada,
por ser su hija, a soportar
cadenas de una desgracia

que el error viene a imponerme!
¡Que en el corazón no mandan
más que sus dueños! ¡Que nadie
pondrá a mis afectos trabas,
y que la mano que él pide
yo la tengo ya empeñada!

DON SEBASTIÁN

¿Qué es lo que dices? ¡Tú harás
lo que tu padre te marca!

MARÍA ROSA

Cuando el amor, ese padre
que está en el fondo del alma,
dice otra cosa, ¿quién puede,
siendo justo, rechazarla?

DON SEBASTIÁN

Quien mira por tí, quien lleva
misión tan digna y sagrada
como es la de ver tu dicha
y ofrecértela... Hija ingrata,
la que, brotando insolencia,
se atreve así a despreciarla...

MARÍA ROSA

¡Pero si esto no es la dicha!
Si esto es la eterna desgracia;
si es la sombra más profunda;
si es el dolor de mañana,
de siempre, lo que rechazo,
para decirle en la cara
a ese hombre que lo desprecio.

DON SEBASTIÁN

María Rosa...

MARÍA ROSA

¡Que el alma
no sé qué siente por él!
¡Que lo odio!

DON SEBASTIÁN

Si no callas,
teniendo en cuenta el respeto
que merecen estas canas,
lo sentirás...

MARÍA ROSA

¡No me callo
si la razón me acompaña!
¡Padre... no puedo!

DON SEBASTIÁN

Un capricho
te tiene así trastornada.

MARÍA ROSA

No es un capricho, es mi vida,
se lo juro; es toda el alma
que me está diciendo a gritos
el porvenir que me aguarda...
¡No puedo... padre! ¡No puedo!..

(Cae sollozando sobre una silla cerca de la puerta.)

DON SEBASTIÁN

No me convencen tus lágrimas.
Si es por Jacinto que lloras
y no atiendes mis palabras,
no insistas, porque Jacinto
debe abandonar la estancia...

(Entretanto, Pedro con Peón primero, segundo, tercero, cuarto y otros más que van llegando, coloca las horquillas y demás instrumentos de trabajo de cada uno en un montón, junto a la parva. Luego, coincidiendo con las palabras finales de la escena precedente, se adelanta hacia don Sebastián. Los demás peones quedan cerca de donde se han colocado las horquillas.)

ESCENA XI

DICHOS, PEÓN PRIMERO, PEÓN SEGUNDO, PEON TERCERO, PEÓN CUARTO, OTROS PEONES, DON TEODORO y JACINTO.

PEDRO

¿Don Teodoro, no está?

DON SEBASTIÁN

Por allí viene...

(A María Rosa.)

Este no es sitio de llorar, debías
esconder tus tonteras. Vete adentro...

JACINTO

(Por el fondo, derecha.)

¿Qué es lo que pasa?

DON SEBASTIÁN

Cosas de familia.

JACINTO

Pero ella está llorando...

DON SEBASTIÁN

Nadie debe
interesarse por cuestiones íntimas

(Conduciendo a María Rosa.)

Vamos, ya he dicho que los llantos sobran.

(Desaparecen, y Jacinto se queda mirando hacia el interior con una mano puesta sobre el marco de la puerta.)

DON TEODORO

(Por la izquierda.)

¿Qué se ha perdido aquí? ¿Qué significa
la presencia de ustedes a esta hora?

PEDRO

Que hemos resuelto abandonar la finca.

DON TEODORO

¿Qué es lo que dices?

PEDRO

Lo que está escuchando.

DON TEODORO

¿Y esa resolución?..

PEDRO

Es decidida...
Si el ansiado calor de los amigos
como la luz para nosotros brilla,
y el premio que el esfuerzo se merece
en cambio de altivez se nos dedica
para encanto común, tendremos todos
el aire fraternal de una familia
fuerte la voluntad y presto el brazo
para echar en el surco la semilla...
Pero si el hombre a quien la fuerza dimos
hasta el descanso vil nos escatima,
¡entonces, no! La tierra es de sus dueños,
pero es de todo el que nació la Vida,
que hay ley de respetar... Hemos venido
a devolver tus armas de conquista:
¡no son nuestras, señor, ni las queremos!
¡que las maneje quien la paz nos quita!

DON TEODORO

(Inmóvil, pero ciego de ira.)

¿Quién te ha enseñado semejantes letras?

PEDRO

¡El corazón, que la verdad nos dicta!

DON TEODORO

Pues bien, que el corazón te dé refugio
donde puedas vi

PEDRO

La Pampa brinda
su seno maternal, y en ella puede
nuestro cansancio hallar una caricia...

PEÓN PRIMERO

¡El techo del señor no es nuestro amigo!

PEDRO

¡El no va a remediar nuestras fatigas!

DON TEODORO

¡Tú te marchas de aquí!

PEDRO

¡Pero con todos!

DON TEODORO

¿Te has declarado rey?

PEDRO

No; la justicia
de nuestra causa es una; si tenemos
limpias las almas y la frente altiva,
no podemos querer que unas se manchen
ni que las otras a tus pies se rindan

DON TEODORO

¿Este es quien la lección te habrá enseñado?
(Por Jacinto, que se ha acercado).

JACINTO

No. ¡Mejor les enseña la injusticia!

DON TEODORO

Pues bien: ¡fuera de aquí!
(A Jacinto.)
De tu insolencia
no quiero darte el pago, pues tendrían

ocasión de reir tus... compañeros;
pero te he de quitar las fantasías
cuando a solas te encuentre...
(Medio mutis hacia la casa.)

JACINTO

¡Es el momento!
No hay para qué esperar. Muchachos: sigan
su camino tranquilos. Yo me quedo
para oir al señor lo que me diga.

DON TEODORO

(Volviendo desde la puerta, con un gesto de visible indignación, mientras los peones, menos Pedro, se replegan al fondo, a la expectativa.)

Lo que quiero decirte es que ya basta
de estúpida altivez; que si me obligas
a usar de la violencia, no respondo
de mi genio por nadie, y que si olvidas
que, por don Sebastián siquiera, debes
agradecer el bien que se te brinda,
no has de hallar sólo el brazo que te expulse,
sino también la lonja que castiga.

PEDRO

¡Muy fácil es hablar!

DON TEODORO

¡Y hacer lo mismo!

JACINTO

¡Déjalo, Pedro, que el señor delira!

(Los peones, a un gesto de Pedro, desaparecen lentamente y volviendo la cabeza, por la izquierda, mientras Don Teodoro, más dueño de sí mismo, prosigue el diálogo con mayor energía.)

ESCENA XII

DON TEODORO Y JACINTO

DON TEODORO

¿Quiere decir que el traslado
tampoco te ha convenido?

JACINTO

No, señor, no me conviene.
Prefiero, con mis motivos,
tomar un rumbo mejor
para vivir más tranquilo...

DON TEODORO

¿Cuál es el inconveniente
de lo que te han ofrecido?

JACINTO

Nada pedí.

DON TEODORO

Ya lo sé;
no pediste, pero has dicho
que este era un campo de acción
demasiado reducido
para tus sueños; que estabas
harto de ser campesino
sin resultado ninguno,
y que buscabas un sitio

donde sentirte algo más
que en este pueblo maldito.
¿No lo has gritado cien veces?
¿O crees que me falta oído?

JACINTO

No sé... Quiero conquistar
la confianza de mí mismo;
pero solo, sin favores
que agradecer, sin destinos
que otros me marquen... Yo busco
mi libertad, con lo mío...
Lo demás, si es que lo dije,
dicho está ya... Lo habré dicho...

DON TEODORO

¡Por qué te falta respeto,
sobrándote gesto altivo!
¡Por qué con tus pretensiones
y tus frases, te has creído
que vas a poder burlarte
de los que son tus padrinos!
¡Aquí sobran los doctores
y no hacen falta los libros!

JACINTO

¡Pero hacen falta otras cosas!

DON TEODORO

¿Qué falta?

JACINTO

¡Buenos amigos
de la razón, que no tengan

la conciencia en los bolsillos,
el corazón en las botas
la justicia en el cuchillo!

DON TEODORO

(En un ímpetu. Sale Don Sebastián. María Rosa tras él.)

¡Mejor será que te vayas
si no quieres!...

JACINTO

(A la defensa.)

¡No, conmigo
no valen los atropellos!...
¡Me va a escuchar, se lo exijo!

ESCENA XIII

DICHOS, DON SEBASTIÁN y MARÍA ROSA

DON SEBASTIÁN

¿Eh? ¿Qué pasa, don Teodoro?

MARÍA ROSA

(Llena de angustia.)

¿Qué hay?

DON TEODORO

Nada, que este tipo,
sin pensar que es... un sirviente,
se insolenta de lo lindo.

DON SEBASTIÁN

¿Tú?

JACINTO

¡Yo, con todo el derecho
que tengo sobre un bandido
que ha pretendido robarme!...

DON TEODORO

¿Robarte a tí?

JACINTO

¡Sí; el cariño
de esa mujer que yo adoro!

DON SEBASTIÁN

¡María Rosa!

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

DON TEODORO

(Amenazante y animado por la presencia de María Rosa.)

¡Pero es que yo!...

JACINTO

¡No podría!

DON TEODORO

¡Más que tú!

JACINTO

¡Su amor es mío,
contra todo y contra todos!

DON TEODORO

(Buscando instintivamente algún objeto para atacar, descubre el rebenque colgado en el tirador de don Sebastián. Se lo arranca de un tirón, y se lanza frenético sobre Jacinto.)

¡Basta! ¿Contra mí?

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

(María Rosa quiere llegar hasta él, pero don Sebastián no se lo permite. Jacinto rechaza briosamente la agresión, quitándole el rebenque y arrojándolo lejos. En seguida lo sujeta fuertemente por el cuello, entablándose una lucha brutal, entre cuyas rapidísimas peripecias don Teodoro pronuncia esas frases confusas a que da margen una refriega de esta índole. Jacinto, mientras va triunfando con certera violencia, habla jadeante. María Rosa, presa de indescriptible terror, acompaña nerviosamente los movimientos de la lucha, pugnando por desligarse de los brazos de don Sebastián, que la retiene cerca de los árboles.)

JACINTO

Es mía... Sí... Por derecho
de amor... ¡Y yo la conquisto
sin engaños!... El amor
no teme a tus desafíos...
¡Porque es más grande que todo!
¡Porque es como el sol su brillo!

(Don Teodoro cae derrotado a un empuje definitivo de su contrincante. Jacinto, inclinado sobre él, erige con el brazo derecho un duro gesto de triunfo. Telón.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

La misma decoración que figura en el acto primero. Es de noche. Está encendido el pequeño farol del corredor. Amenaza lluvia. Desde las primeras escenas se advierten, de cuando en cuando, breves relámpagos al fondo de la obscuridad nocturna.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ASUNCIÓN, MARGARITA, AZUCENA, PEDRO, VARIOS PEONES

(Al levantarse el telón los peones, presididos por Pedro, concluyen de arreglar sus humildes equipajes de campo en el galpón. Azucena está sacando agua del aljibe, para preparar el *mate* que servirá a su debido tiempo. Margarita, sentada bajo el parral, con melancólica indolencia, contempla tristemente los preparativos de partida que hacen los peones. Doña Asunción, en la puerta del fondo, mira hacia el campo. Después de alzado el telón hay unos instantes de silencio antes de comenzar el diálogo).

PEDRO

(Como haciendo el balance de sus prendas).

Mi fortuna... Unos estribos...
mi poncho de arrastro... Un viejo

pañuelo de la golilla...
Mi pobre sombrero nuevo...
Mi tirador... Unas botas...
¿Qué más habrá?

PEÓN PRIMERO

¿Y estos tientos?

PEDRO

Ya está todo.

(Pausa.)

Ahora, ¿quién sabe,
hermanos, adónde iremos
a parar? Juntos salimos,
pero después...

PEÓN PRIMERO

Sí; ¿qué viento
nos dispersará?

PEDRO

Quién sabe
lo que ha de ser, compañeros...

(Breve pausa.)

PEÓN PRIMERO

La noche es triste...

PEÓN SEGUNDO

Y obscura
como el ala de los cuervos...

PEÓN PRIMERO

Mala suerte nos predice
la noche con su aguacero.

PEDRO

No hay peligro. Cuando llueva,
ya en la estación estaremos.

PEÓN PRIMERO

Y el tren, ¿vendrá con retraso?

PEDRO

A las once, me dijeron
que llegaba.

PEÓN SEGUNDO

Sobran horas.

PEDRO

Las ocho. Tenemos tiempo
de tomar un "mate"... ¿Quieren
tomarlo ya?

PEÓN PRIMERO

Bueno...

PEÓN SEGUNDO

Bueno...

(Uno de ellos prepara el "mate", y todos, formando rueda, se sientan sobre sus equipajes a conversar.)

DOÑA ASUNCIÓN

(Acercándose a Margarita.)

¡Qué noche se nos prepara!...

MARGARITA

Cierto. Así como de invierno.

DOÑA ASUNCIÓN

Silba como una serpiente
por los alambres el viento.

MARGARITA

Va a llover fuerte.

DOÑA ASUNCIÓN

Hay relámpagos;
y el negro de hollín del cielo,
como a deshacerse baja
sobre la tierra... Da miedo...

(Pausa.)

MARGARITA

Y esos se van...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Todos juntos?

MARGARITA

Lo han dicho. También va Pedro
con ellos...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por qué se irá
ese muchacho? ¡Qué terco!

AZUCENA

(Con el "mate", a Doña Asunción)

Tome.

DOÑA ASUNCIÓN

Dale a Margarita.

MARGARITA

No. Tome usted; yo no quiero.

DOÑA ASUNCIÓN

Entonces, puedes entrar
a ofrecerlo a los de adentro.

AZUCENA

Muy bien.

(Vase, y a poco vuelve a salir, continuando en esta tarea hasta que el diálogo indica.)

MARGARITA

Pues tiene razones
de marcharse el pobre Pedro.

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por qué?

MARGARITA

Porque lo han tratado
peor que se trata a un perro.
Y dé gracias a que el hombre,
siendo valiente, es muy bueno,
que si no...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Don Juan Moreira?

MARGARITA

No; pero le estruja el cuello
de un manotón a ese toro,
si es que se le ocurre hacerlo...

DOÑA ASUNCIÓN

A la verdad, que es un bruto
don Teodoro...

MARGARITA

No comprendo
cómo han tenido paciencia
para aguantar tanto tiempo.

DOÑA ASUNCIÓN

¿Dicen que mandó pedir
más peones a tierra adentro,
y que en el tren de esta noche.
llegarán?...

MARGARITA

Si. Ya veremos
cómo trata a los que vengan.

DOÑA ASUNCIÓN

Igual que a los otros.

MARGARITA

Eso.
es lo que yo me imagino;
hasta que llegue el momento
que alguien cobre de algún modo
las cuentas que está debiendo.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Por Dios!...

MARGARITA

Si es lo que merece...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero puede estar oyendo.

MARGARITA

Que oiga; bueno es que sepa
que no podemos ni verlo.

(Pausa.)

DOÑA ASUNCIÓN

(A los peones.)

¡Eh, muchachos! ¿No concluyen?

PEDRO

Ya estamos...

DOÑA ASUNCIÓN

(A Margarita, en voz baja.)

Yo tengo miedo
de que salga don Teodoro
de pronto al patio, y al verlos
le dé un ataque de rabia,
y arme otro escándalo negro

MARGARITA

No hay temor. Está ocupado
con mi padre. Saldrán luego
juntos...

DOÑA ASUNCIÓN

Claro, como siempre,
para llevárselo al pueblo.

MARGARITA

Donde le sacan las plumas...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Y pone el grito en el cielo
cuando los pobres peones
juegan al "truco" un momento!
¡Qué hombre!... Si a veces da gana
de...

MARGARITA

No sé... Tanto le ha hecho,
que creo que lo ha embrujado...

(Pequeña pausa.)

Y ahora, mi padre, viendo
que su bienestar peligra,
y aprovechando lo ciego
que está ese hombre por mi hermana,
quiere que el próximo Enero
se case con él... ¡Qué pena!...

DOÑA ASUNCIÓN

Y Jacinto, que es tan bueno,
también se va...

MARGARITA

Ella lo quiere
con toda el alma. Por eso

me inquieta su porvenir.
Está enferma, presintiendo
que lo pierde para siempre...

DOÑA ASUNCIÓN

Eso es lo triste...

MARGARITA

No quiero
que tal suceda, y no sé
qué hacer para convencerlos...

DOÑA ASUNCIÓN

Es muy difícil.

MARGARITA

Pues Rosa
caerá en cama...

DOÑA ASUNCIÓN

Ya lo creo.

(Pequeña pausa.)

MARGARITA

Y si Jacinto supiera
que la otra noche, el grosero,
quiso violentar la puerta
del cuarto...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, ¿eso es cierto?
¿Fué la noche que tu padre
no estaba en casa?

MARGARITA

Al clareo
del alba... Rosa gritó,
y esos peones acudieron
a socorrerla en seguida...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Qué vergüenza!

MARGARITA

Y el misterio
sigue siendo...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Yo que Rosa,
lo contaba al pueblo entero!

(Suspenden el "mate" en el galpón. Pedro se acerca a Margarita y Doña Asunción va hacia los peones, poniéndose a conversar con ellos.)

PEDRO

(Emocionado).

Creo que llegó la hora
de marchar... Con sentimiento
me alejo de aquí... Usted sabe
que siempre fuí sincero
como ahora... Que no tuve
jamás ni siquiera un gesto
de ingratitud para nadie
que fuera conmigo bueno...
Al que lo fué le dí el alma;
su hermana y usted lo fueron.
Por eso he de recordarlas
con cariño...

MARGARITA

(También emocionada).

Gracias, Pedro...

PEDRO

Esos hombres me acompañan
en la gratitud que dejo
para ustedes... Son un poco
duros, pero son muy buenos...
También se llevan conmigo
de Margarita un recuerdo.
Dos luces: la de su alma
y la de sus ojos negros...

MARGARITA

Mis ojos... Poco interesan
a los demás, cuando en medio
del campo quedan tan solos...

PEDRO

¿Solos? Pero no por eso
menos radiantes... Un día
de primavera, sintiendo
nostalgia de antiguos aires,
a estos campos volveremos,
y entonces...

MARGARITA

Entonces... nada...
Cuando la dicha alza el vuelo
no vuelve más...

PEDRO

Margarita...

(Sinceramente acongojado.)

¡Perdón... perdón... yo no puedo
ser la dicha para usted!...
Soy cobarde... lo confieso...
Tan pobre... tan desgraciado...
¿Qué puedo hacer?... No me atrevo...
Adiós... Recuérdeme siempre
como a un amigo...

MARGARITA

Adiós, Pedro...

(Se dan la mano con angustiosa efusión. Margarita se enjuga luego una lágrima. Se acerca Doña Asunción, y Pedro va hacia los peones, lentamente, mirando al grupo que forman bajo el parral ambas mujeres).

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por qué lloras?

MARGARITA

No creía
que fuese tanto mi afecto
por esta gente...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por todos
o por uno? Ya comprendo...
Por aquél...

(Señala a Pedro.)

MARGARITA

Sí, francamente,
se va de aquí en el momento...
en que... no sé... me parece
que era cariño...

DOÑA ASUNCIÓN

Sí, es cierto...

(Silencio. Margarita se vuelve hacia la casa, muy lentamente, sollozando, y Doña Asunción la mira alejarse compungida. Cuando Margarita va a desaparecer, la voz de Jacinto, que se presenta en el foro, la detiene.)

ESCENA II

DICHOS Y JACINTO

JACINTO

Buenas noches...

DOÑA ASUNCIÓN

(Yendo hacia él, inquieta.)

¿A qué vienes?
Ten cuidado...

JACINTO

¿Qué importancia
tiene que venga yo aquí?

DOÑA ASUNCIÓN

Lo digo por lo que pasa...

JACINTO

Vengo a cumplir un deber...
A verla...

DOÑA ASUNCIÓN

Es que la muchacha.
teme por tí...

JACINTO

Yo le juro
que no ha de pasarme nada...
¿Dónde está?

DOÑA ASUNCIÓN

Allí, en el sobrado,
llorando...

JACINTO

¿Quiere llamarla?

MARGARITA

(Que se ha aproximado.)

¡Por Dios, Jacinto!...

JACINTO

No teman:
bien tranquila tengo el alma...
Si el hombre sale, me marcho
sin decir una palabra...

MARGARITA

Que haya tino.

DOÑA ASUNCIÓN

¿Me prometes?...

JACINTO

Lo juro.

MARGARITA

Voy a llamarla...

(Vase)

DOÑA ASUNCIÓN

Yo, mientras, por precaución,
me asomaré a la ventana...

(Vase por el fondo de la casa).

PEDRO

Jacinto, ¿quieres venir?
Ya estamos todos en marcha...

JACINTO

No; yo vengo a despedirme
de la gente de esta casa,
pero no los acompaño:
llevo dirección contraria.

PEDRO

¿Vas a otro establecimiento?

JACINTO

No. A Buenos Aires. Mañana,
con la luz del nuevo día,

que habré esperado con ansia
desde el tren, saludaré
mi vida nueva en la entraña
de la capital porteña,
donde, si hay también desgracia,
podré luchar, realizando
más los ideales...

PEDRO

Traza
llevas de vencer, pues eres
fuerte, y el bien te acompaña.
¡Que triunfes!... Nosotros somos
esclavos, en esta amarga
sentencia de arar la tierra...
Peregrinos de las pampas,
que un día fuimos tan libres
como el viento...

JACINTO

Y ahora vagan,
en su eterna emigración,
como una tristeza en marcha.

(Aparece María Rosa en la puerta de la casa. Revela el sufrimiento en la actitud. Está muy pálida. Se detiene un momento, como desorientada. De pronto ve a Jacinto y corre hacia él.)

ESCENA III

DICHOS y MARÍA ROSA

(Como Jacinto está de espaldas a la casa no advierte la aparición de María Rosa. Cuando Pedro se la indica, se vuelve ansiosamente, en el momento que ella corre hacia él.)

PEDRO

Ahí está María Rosa...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

¿No me esperabas?

MARÍA ROSA

Nunca creí que te irías
sin despedirte.

JACINTO

Y es mala
Nuestra situación...

MARÍA ROSA

Podrían
vernos... Salir sin que nada
se oyera...

JACINTO

¿Sospechan?

MARÍA ROSA

Creen
que ya estás lejos... Desgracia
grande sería que ahora
te pusieras en la mala
por ese hombre... Esta tarde,
limpiando en el patio un arma.
decía solo: "Con ésta
no se precisan palabras..."
"¡Yo les voy a dar!..." Te odia...

JACINTO

Amor con amor se paga...

(Pausa.)

Tienes fiebre.

MARÍA ROSA

¿Y cómo no
tenerla?

JACINTO

Estás agitada...

MARÍA ROSA

Me da miedo...

JACINTO

¿Junto a mí?

MARÍA ROSA

No sé... La noche... Me espantan
las ideas... Tu cariño...

que lo pierdo... que se agranda,
porque te vas...

JACINTO

Pero, ¿sabes
lo que te he dicho?

MARÍA ROSA

Está echada
nuestra suerte.. Yo no puedo...

JACINTO

Y entonces, ¿qué?

MARÍA ROSA

Que te vayas...
Van a salir...

JACINTO

¿De este modo?
Prométeme que me aguardas
luego... Te pido... Cuando ellos
estén jugando... Mañana
será tarde para todo...
Quiero hablarte...

MARÍA ROSA

Otra esperanza
inútil... Ya no tendremos
más que llorar...

JACINTO

Pero, ¿aguardas
a que vuelva?

(Después de una angustiosa indecisión.)

MARÍA ROSA

Sí; te aguardo.

JACINTO

Gracias, Rosa mía, gracias...

(Se oye la voz de El Maestro, que aparecerá por la casa con Pepita y Luisito. María Rosa, sobresaltada un instante, va a sentarse luego bajo el parral, cerca de la puerta. Jacinto vuelve a hablar con Pedro y demás peones.)

EL MAESTRO

(Desde adentro. Sale abrazando cariñosamente a los niños.)

"Ya en el jardín nuevas flores
te han de ofrecer sus colores
y un sol nuevo alumbrará...
Brindándote sus amores,
volverán sueños mejores.
¡La primavera vendrá!"
Así termina la historia
de aquella hermosa ilusión...
Y como tenéis memoria,
y habéis puesto aplicación,
será más linda la historia
de mañana, en la lección...

ESCENA IV

DICHOS, EL MAESTRO, PEPITA, LUISITO, MARGARITA
y DOÑA ASUNCIÓN

PEDRO

Adiós, maestro; también
un soplo de nuestras almas
queda con usted... Tenemos
tantas memorias guardadas
de su cariño; es usted
tan bueno, tanta enseñanza
nos ha dado... que al tener
que estrechar su mano franca
para alejarnos, queremos
darle un abrazo y las gracias...

(Abraza a El Maestro. Todos se despiden de él)

EL MAESTRO

Pena me dan, porque siempre
los quise bien... Cuando marchan
unos, los otros se quedan
más triste... Que haya confianza
y fortaleza... Vosotros
sois la juventud... Aguardan
en su triunfo los ancianos...

PEDRO

¡Quién sabe!...

EL MAESTRO

Que haya esperanza...

PEDRO

(Muy conmovido. Señala el corazón.)

¡Adiós, Jacinto!... Aquí quedan
los ecos de tus palabras...
También fuiste sembrador.
¡Los frutos vendrán mañana!

(Mientras Pedro dice estas palabras, los demás peones han echado sus bolsas y equipajes rústicos al hombro, como esperando el momento de la salida. Es necesario que los intérpretes sientan mucho esta escena, a fin de que ella exteriorice toda la emoción que el autor ha querido imprimirle.)

JACINTO

Adiós, Pedro... Tal vez pronto
nos veremos...

PEDRO

Dios lo haga...

(Los peones, tristemente, lentamente, bajo un amargo silencio, hacen rumbo al campo. Pedro les sigue, emocionado. Margarita, María Rosa y Doña Asunción, formando grupo bajo el parral, contemplan la partida de aquellos hombres entristecidos y rudos. El Maestro, formando otro grupo con los niños, cerca del corredor, mira la escena.)

PEPITA

¿Por qué se van?

LUISITO

¿Están tristes?

PEPITA

¿Se han enojado?

EL MAESTRO

No; marchan
buscando el pan... También ellos,
igual que aquella muchacha
del cuento, no tienen madre...

LOS DOS

¡Pobres!...

EL MAESTRO

Ni risas, ni nada...

(Jacinto, desde la puerta del foro, dirige una larga mirada a María Rosa, y sale tras el último peón. Silencio.)

DOÑA ASUNCIÓN

(A Margarita, que con el pañuelo en los ojos hace mutis para la casa.)

¿Y también tú, Margarita,
te pones así?... ¡Ah, muchachas!

(A los niños.)

¿Y ustedes no se recogen?

EL MAESTRO

Sí, ya es hora; hasta mañana...

(Al Maestro, bajo.)

Buenas noches... Yo no sé
lo que va a ser de esta casa...

(El Maestro desaparece lentamente por el foro, mirando antes de salir a María Rosa, que permanece ensimismada bajo el parral. Al mutis de El Maestro aparecen Don Sebastián y Don Teodoro. Azucena, terminado el "mate", hace mutis definitivamente.)

ESCENA V

MARÍA ROSA, DON SEBASTIÁN y DON TEODORO

DON TEODORO

Por fin hemos concluido...
(Liando un cigarrillo en medio de la escena.)

DON SEBASTIÁN

Larga ha sido la tarea.

DON TEODORO

Es justo que ahora tomemos
distracción...
(Sacando el reloj. Pausa.)
Ya nos esperan
seguramente.

DON SEBASTIÁN

¿Vendrán
los peones?

DON TEODORO

Como no vengan,
peor para ellos... Por eso
no se aguará la cosecha...

DON SEBASTIÁN

¿Y los otros ya se han ido?

DON TEODORO

No hacen falta sinvergüenzas
en nuestro campo... Hay de sobra
por todas partes "lingeras"
y otras gentes que, cantando,
se vienen a las cosechas...

DON SEBASTIÁN.

(Acercándose a María Rosa.)

María Rosa... ¿Qué haces
ahí sola?... ¿Estás más contenta?
¿Se te han pasado las fiebres
de hoy?

DON TEODORO

No valía la pena
de encenderse en mala sangre
por un muchacho cualquiera,
que, al fin y al cabo, no tiene...

MARÍA ROSA

Si; hay mucha diferencia
entre él y algunos...

DON SEBASTIÁN

Bueno,
hija, no quiero que vuelvan
a ocuparte esos recuerdos...

MARÍA ROSA

Bien...

DON TEODORO

Las cosas ya están hechas,
y hay que dejarlas...

DON SEBASTIÁN

Tú sabes
que don Teodoro no espera
más que tu resolución
para decidirse. Pena
por verte así... Y ahora poco
me ha dado una gran sorpresa
con un regalo magnífico
que va a dedicarte, en prenda
de amistad, porque... él lo dice:
aunque ahora no le tengas
cariño... ya le tendrás...
Con el tiempo... todo llega...

MARÍA ROSA

Bien; basta, padre...

DON SEBASTIÁN

(Haciendo mutis.)

No sigas
teniendo así en la cabeza
la idea de que Jacinto
va a volver...

DON TEODORO

(Sarcástico y bajo.)

Si se presenta,
verá cómo al insolente
le van a quedar las prendas.

MARÍA ROSA

(Cuando ya van a desaparecer, en un ímpetu corre hacia él. Luego se arrepiente y vuelve sobre sus pasos. Por último se decide.)

¡Padre!...

DON SEBASTIÁN

¿Qué es?

MARÍA ROSA

Nada... nada...

DON SEBASTIÁN

Vamos, muchacha, no seas
así, porque me impaciento.

MARÍA ROSA

No, nada... es que... nada... era...

(No puede terminar la frase y se vuelve hacia la casa, sollozando con profundo sentimiento, al tiempo que aparece Doña Asunción.)

DON SEBASTIÁN

(Duro).

Mejor será que te acuestes...
¡Lo mando!

DON TEODORO

Ya se hará buena...

DOÑA ASUNCIÓN

Señor: mire que amenaza
con venirse una tormenta
muy grande...

DON TEODORO

¿A usted qué le importa?

DOÑA ASUNCIÓN

Lo digo por si tuvieran
que trasnochar en el pueblo...

DON TEODORO

Eso a usted no le interesa.

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien.

DON TEODORO

Nos quedaremos
o no, según nos convenga.
Yo hago lo que quiero hacer,
y usted lo que se le ordena.

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien.

(Mutis.)

DON SEBASTIÁN

Sacaré el poncho.

DON TEODORO

Lo espero.

DON SEBASTIÁN

(A María Rosa.)

¿Por qué no entras?

(Mutis.)

(María Rosa va a seguirlo, pero don Teodoro la retiene con el ademán).

ESCENA VI

MARÍA ROSA y DON TEODORO

DON TEODORO

Diga... ¿cuándo va a dejar
de despreciarme? ¿No piensa,
María, que ese muchacho
no es el porvenir que espera
su buen padre para usted?

MARÍA ROSA

¿Y usted, por qué se interesa
tanto por mi porvenir?
¿Por qué razón no me deja
tranquila? ¿Por qué a ese hombre,
a quien tanto usted desprecia,
quiso alejarlo de aquí?

DON TEODORO

Bien fácil es la respuesta:
no hago más que interpretar
los deseos que me expresa
su padre.

MARÍA ROSA

¡Miente! Mi padre
tuvo estimación inmensa
siempre por Jacinto. Usted
es quien quiso que se fuera.

DON TEODORO

Pues bien, sí, tiene razón;
es preciso que lo sepa
de una vez... Odio a ese hombre
mucho, con toda la fuerza
de mi vida, porque estaba
cansado de su soberbia...

MARÍA ROSA

¡De su muy digna altivez!

DON TEODORO

¡De sus arrogancias necias,
de sus eternas audacias
de hambriento y de sinvergüenza!

MARÍA ROSA

¿Y usted es el que lo dice?
Usted no tiene conciencia
para medir las acciones
de ese hombre, que dondequiera
supo sembrar el cariño
y el respeto y la franqueza...
De un hombre que es más que todos,
porque no hay quien no le deba
algún servicio en el pueblo.
¡Más que usted! Si usted quisiera,
sabría que más de cuatro
deben bajar la cabeza
con respeto y ofrecer
un homenaje a la tierra,
donde él supo derramar
la bendición de sus fuerzas...
¡Y es usted quien lo calumnia!
¡Usted no tiene nobleza

para decirle en la cara
lo que me miente en su ausencia!

DON TEODORO

¡María Rosa!

MARÍA ROSA

Sí; usted,
que no repara en maneras
por lograr sus ambiciones;
usted, que baraja y cuenta
toda suerte de artimañas,
para conseguir las prendas
de quien luego ha traicionado,
y a costa de ansias ajenas
se levanta un bienestar
que no merece; que ordena,
que acaudilla, que malgasta,
que castiga, que atropella;
duro y mal visto, es usted
el audaz y el sinvergüenza!

DON TEODORO

Basta, no siga insultando,
si quiere que me contenga...

MARÍA ROSA

Y esto es lo que falta ahora,
que me obligue, que se atreva
a ofenderme con los hechos.

DON TEODORO

No es necesario; si a fuerza
de tenerlo todo, tengo
la seguridad completa

de que has de ser mía, ¿sabes?
¡Mía! ¡Porque sí!

MARÍA ROSA

¡Me suelta
o grito!... ¡Malvado!

DON TEODORO

Grita,
pero es preciso que sepas
que no he dejar mi empeño;
que te amo, que no pudiera
vivir sin tí, que has de amarme
de buen grado o por la fuerza...

(Estrujándola.)

MARÍA ROSA

¡Padre! ¡Margarita!

DON TEODORO

¡Calla!
Si es vana tu resistencia...

(Salen Doña Asunción y Don Sebastián.)

DOÑA ASUNCIÓN

¿Qué hay?

DON SEBASTIÁN

¿Quién grita?

DON TEODORO

No... es María...
que llamó a la hermana...

DON SEBASTIÁN

(A María Rosa.)

Entra,
y acuéstate. Ya no es hora
de estar aquí... Y usted, cierra
y acompaña a las muchachas.
No hay que esperarme. Se acuestan.

(Mutis por el fondo Don Teodoro y Don Sebastián.)

ESCENA VII

MARÍA ROSA Y DOÑA ASUNCIÓN

DOÑA ASUNCIÓN

¿Otra vez llorando?

MARÍA ROSA

¿Y cómo
no quieres que sufra y llore,
si hasta el amor de mi padre
lo ha echado a perder ese hombre?

DOÑA ASUNCIÓN

Paciencia, hija...

MARÍA ROSA

No hay paciencia
para un dolor que se impone
de este modo...

(Después de una pausa.)

Estoy resuelta
a ser fuerte.

DOÑA ASUNCIÓN

No te apoyes
en el peligro...

(Pausa. Un relámpago intenso, y comienza a gotear.)

Ya llueve...
¡Dios mío, Rosa, qué noche!

MARÍA ROSA

¿No te acuestas?

DOÑA ASUNCIÓN

Sí... Primero
miraré los corredores...

(Primeramente cierra la puerta que da al campo, y después vase por el fondo de la casa. María Rosa apaga el farol del corredor. Entra en la casa. Queda la escena sola. Llueve unos instantes. Vuelve a salir María Rosa, provista de un mantón. Cierra las puertas. Mira hacia todas partes, asustada. Se dirige por fin a la puerta del fondo, la abre y en seguida entra Jacinto.)

ESCENA VIII

MARÍA ROSA Y JACINTO

JACINTO

María Rosa...

MARÍA ROSA

Jacinto...

JACINTO

Cumpliste...

MARÍA ROSA

Sí; no podía
soportar la pesadumbre
de resignarme a esta vida
fatal y doliente, obscura
como la tristeza misma;
y ante el dolor de perderte,
ya que es tuya el alma mía,
yo quiero que tú dispongas
de mi porvenir... Tranquila
y amada, espero la suerte
que a tu existencia me liga...
¡Pongo mi amor en tus manos!

JACINTO

¡Rosa, Rosa de mi vida!

MARÍA ROSA

Tú lo dijiste. No quiero
no admito más tiranías
que las vibrantes cadenas
del amor; y a tus pupilas
el porvenir se asomaba
como una ardiente caricia...
"Así es mi pasión", me hablabas,
y en el fuego que encendían
para decirlo tus labios,
yo comprendí que en tu vida
llena de bondad, no estaba
la traición; que no mentías,
que tus palabras sonaban
a sinceridad; que abrían
a mi dolor infinitos
horizontes de armonía,

de paz, de limpia franqueza
de luz, de mejores días...
¡No! ¡Nunca me has engañado!

JACINTO

Porque en mi amor va mi vida,
y en mi vida es la verdad
tan sagrada, tan legítima,
tan leal, que ni una mancha
jamás en ella caería...

(Pausa.)

Sin lazos de obligación,
sin dobleces ni mezquinas
sorpresas engañadoras,
de aquellas que acaso sirvan
a otros hombres para hacer
de un corazón la conquista,
sin más ambición que el ansia
de las cosas que se envidian...
No; yo quise conquistarte
como al trigal se conquista;
llegar hasta tí he querido
como al surco la semilla;
como la lluvia, al verano,
cae en la tierra bendita,
y como el sol por las tardes,
cuando el campo fructifica,
besa con santos fervores
la bendición de la espiga...
No quise con artimañas
ganarte. Fresca y sencilla,
la rosa de mis amores
puse en tu pecho... Tenía
tanta fragancia, tan pura
coloración, tan altiva

dignidad, que aquella rosa,
por el afán convertida,
se volvió flor de esperanza,
flor de triunfo, que tú misma,
con aquel íntimo arrullo
de tu presencia, oprimías
con tus manos bienhechoras,
para que hoy el alma, en risas
de gloria, te la ofreciera
sobre el altar de la vida...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

Sí. Como el propio
corazón, que florecía
bajo la luz de tus ojos
y en un jardín de armonía...
Yo engañarte no pudiera;
con esa flor bendecida
te ofrezco todo: el cariño,
los sueños, las alegrías
del porvenir... y también
el dolor.. Fuertes y dignas
serán las nuestras dos almas
en un clavel confundidas.
No es fiebre, no es desvarío
que en esta cabeza mía
pongan las ideas locas
en un capricho que incita;
no; piensa lo que tú quieras
de este afán, de esta energía
que me envuelve, que me exalta,
que me impulsa y que me anima...
Piensa todo — no me inquieta, —

pero que jamás consiga
clavarse en su sentimiento
la duda, la negra espina
que, al herirte, envenenara
tu ilusión...

MARÍA ROSA

¿Cómo podrían
en mi amor clavar la duda,
si está el amor en mi vida
como el aire que respiro,
como la luz porque miran
mis ojos para tus ojos,
como el sonido en que vibran
tus palabras, como el beso
de tus bondades queridas,
que me han arrancado el alma
para tenerla cautiva?
Tú eras como un soplo nuevo
de juventud, que venías
anunciando otros paisajes;
como la ilusión florida
de una guitarra, que alegra
la soledad campesina,
suspirando sus consuelos
en las cuerdas compasivas...

JACINTO

¡Rosa!

MARÍA ROSA

Escúchame. Tú eras
como la voz de una cita
que al misterio me invitaba,
y a la que el alma acudía

con su vestido de fiesta;
eras como la campiña
que en el mes de octubre canta
por las mañanas tranquilas
su canción de primavera...
Sí; la primer golondrina
que fabricó en la ventana
de mi tristeza escondida
su blando nido de amores
viajera buena que, un día
de sol, recibió en su pico
la luz de un beso. La misma
golondrina encantadora
del ensueño tan querida,
que si hoy emprendiera el vuelo
sola, en mi amor llevaría
todo el caudal de mis ansias,
todo el mundo de mis dichas...

JACINTO

¡Rosa!

MARÍA ROSA

¡Te dí en aquel beso
lo que nunca se conquista
si no es así!

JACINTO

Y así pudo
soñarte el alma, sencilla
y amorosa; transformada
por la pasión, revestida
por el tul de los dolores,
en su bondad sensitiva,
que es una flor, con su eterna

sencillez de golondrina...
Háblame más; dime cuánto
me quieres...

María Rosa

No, no podría
quererte más, porque tengo
en mi ser, tanta ufanía,
tanta luz de fantasía,
tanto ensueño, tanto ardor,
que hasta he llegado a pensar
que si me llega a faltar
yo tendría que matar
de un solo golpe al dolor...
No; no quiero separarme
de tu lado. Si fuí tímida
y un instante, para siempre
despedirte quise, habría
muerto en flor lo más ardiente
que hay en mí: la fuente viva
de todas las ilusiones
que en mi jardín se cultivan...
Por eso ahora, con tus manos
enlazadas en las mías,
te digo: ¡llévame pronto,
lejos, donde no me sigan
y no haya otra voluntad
que la nuestra y tus caricias;
donde no se sienta el paso
del rencor, donde no existan
estas angustias, ni corte
del sentimiento las guías,
con su ambición, el destino
que separarnos quería...

¡Tú, sólo, con mis anhelos,
y yo, en tus brazos, rendida!

(Pausa, mientras se confunden en un intenso abrazo.)

Dudé, vacilé un momento,
quise entregarme, vencida
bajo el dolor de olvidarte,
por ser débil, y creía
tener fuerzas para ello,
sin comprender que es la misma
fuerza de amor que me impulsa
para seguir donde sigas...

JACINTO

Y yo en mis brazos te amparo,
tal como ofrecen la vida
los que saben defenderla
y emanciparla. Tranquila
va mi conciencia contigo
y ha de ofrecerte algún día
su corona de laureles
o su corona de espinas...

MARÍA ROSA

¡Amor!

JACINTO

Feliz como el viento,
como el sol, como las risas
del mes de octubre que pasa
cantando junto a las vidas
su canción de primavera...

MARÍA ROSA

Sobre la eterna armonía
de los campos bienhechores

que a la bondad nos invitan;
amor como los perfumes
que los naranjos envían
y como el fruto que cargan
los árboles de las quintas...
¡Que no miente, que no sabe
de engaños ni de fatigas,
porque es demasiado fértil
para que el mundo lo rinda!

JACINTO

¡Sí! ¿Verdad que en él te amparas;
¿No es cierto que en él confías?
¡Dímelo!

MARÍA ROSA

¡Yo en él confío,
lo juro, más que en mí misma!
Yo soñé con este amor,
y creyó mi fantasía
que sólo un ensueño fuera;
tan pequeña, tan mezquina
pasó la existencia aquí,
que, aun en sueños, parecían
sombras tristes las virtudes,
y cualquier amor, mentira...
Después... Ya lo sabes... Todo
se transformó... Nuevas brisas
corrieron por el jardín,
y en los rosales que había,
como una lluvia de estrellas
en la tarde que agoniza,
temblaron de amor las rosas
haciendo alegre la vida...

(Pequeña pausa. Transición.)

Ahora... soy feliz... Pero algo
me hace estremecer... Sí... Mira...
campo... sombra... tengo miedo...
Se me nublan las pupilas...
Me parece que las almas
son como esta noche, frías
y desoladas... ¡Jacinto!
Que termine esta agonía...
Tengo miedo, tengo miedo...

(Abrazándose a él, como sobrecogida de espanto.)

JACINTO

No temas, Rosa querida.

(Pausa. Conduciéndola suavemente hasta cerca del fondo).

MARÍA ROSA

(Retrocediendo.)

¡Alma! ¡Tengo miedo!

JACINTO

Ven,
que en la noche peregrina
sigue el amor nuestros pasos...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

Ya tengo lista
la condición de este viaje...
Nada pasará... Hay quien cuida
con celo nuestros caballos
en la tranquera vecina...

MARÍA ROSA

Vete a traerlos.

JACINTO

Iré.

MARÍA ROSA

Ven pronto.

JACINTO

Vuelvo en seguida.

MARÍA ROSA

No tardes; yo tengo miedo...

JACINTO

Puedes esperar tranquila...
Volaré.

MARÍA ROSA

Vete.

JACINTO

Ya sabes
que el amor mis pasos guía.

(Desaparece por el fondo. María Rosa asomándose al campo, lo mira alejarse unos instantes. Margarita ha aparecido en la puerta de la casa oyendo las últimas palabras. Al volverse, María Rosa se encuentra con su hermana.)

ESCENA IX

MARÍA ROSA y MARGARITA

MARGARITA

¿Por qué no entras? ¿Qué tienes
esta noche?

MARÍA ROSA

Nada, hermana...

MARGARITA

Sí; ¿qué tienes, que yo nunca
te he visto así?

MARÍA ROSA

Nada... nada...

MARGARITA

¡No mientas, María Rosa!
Jacinto contigo estaba,
y tú...

MARÍA ROSA

¡Margarita!

MARGARITA

¡Y tú
te vas con él!

(Pausa, mientras llora abrazada a su hermana.)

MARÍA ROSA

¿Por qué me hablas
de esa manera? ¿No sabes
que me estás partiendo el alma
si eres dura?... ¿Qué? ¿Nos viste?

MARGARITA

Sí; el corazón me anunciaba
que Jacinto volvería...
y he salido, porque... ¡basta
de fingimientos!... Yo sé
que al permitirle la entrada
a estas horas, es que tú
nos abandonas.

MARÍA ROSA

¡Hermana!

MARGARITA

Sí; que te vas con tu amor,
que nos dejas, que te escapas.

(Llora.)

MARÍA ROSA

¿Y acaso tú?...

(Suplicante.)

MARGARITA

Yo no quiero
que me dejes. ¿No te hablan
al corazón los cariños
que atrás quedan? ¿No te ablandan
las íntimas amarguras

que vas a encender? ¿No apiadan
tus sentimientos mis ruegos?
¿Y no piensas en las lágrimas
que van a llorar por tí
los que te quieren, hermana?

MARÍA ROSA

Sí; pienso en todo. También
pienso en mi vida pasada
lo mismo que en una cárcel;
tan dolida, tan esclava
como el pájaro que vive
llorando al bosque en su jaula.
Pienso en lo que atrás se queda
como en una sombra mala
que nos ha envuelto la vida
del bien, para encadenarla
y ahogarnos en la amargura
de que nos corten las alas...
No me detengas. Yo soy
como las aves, hermana:
busco la luz y el espacio,
la libertad, la confianza
de la vida libre y buena,
sin más lazos, sin más trabas
que la gloria de amar mucho
y el bien de sentirme amada...

MARGARITA

¿Y nuestro padre?

MARÍA ROSA

No insistas...
Su recuerdo me acompaña
serenamente... Lo quiero...

Sufrí por él resignada
hasta que pude... Fué en vano
tener en él esperanza,
y hoy me defiendo: eso es todo.
¡mal pueden llamarme ingrata!

MARGARITA

¿Y entonces?...

MARÍA ROSA

Que está la estrella
de mi porvenir jugada...
Me muero aquí. Me hace daño
la persecución falsaria
de ese mal hombre. Yo siento
que su sombra me acobarda,
me ciega, me intranquiliza,
me vuelve loca, me mata...
Y he buscado en el amor
la libertad que nos salva,
sintiendo dentro del pecho,
como un aguijón, el ansia
de vivir con alma y vida,
para encantarme en la gracia
del sol, que al besar la tierra,
la santifica y la canta...

MARGARITA

¡Rosa, por Dios, no me dejes!
Comprendo todo, pero haya
más resignación en tí.

MARÍA ROSA

¡Sería peor!

MARGARITA

Es tu hermana
que te lo pide, si quieres,
de rodillas...

(Quiere arrodillarse.)

MARÍA ROSA

No, levanta.
Yo de rodillas te pido
que no llores. Es mi ansiada
salvación la que lo exige...

MARGARITA

Pero es que sin tí me falta
la vida... Yo también sufro
la frialdad de esta casa ...
¿Qué haré yo sin tu consuelo?
Por la memoria sagrada
de nuestra madre... ¡María!
¡Si me quieres no te vayas!

(La abraza sollozando, y así permanecen hasta la entrada de El Maestro por el foro. El Maestro se ha detenido un instante en la puerta oyendo las últimas palabras; luego avanza hacia ellas lentamente.)

ESCENA X

DICHAS, Y EL MAESTRO

EL MAESTRO

¡Pobres hijas mías!...

LAS DOS

(Separándose en un brusco movimiento de espanto.)

¡Ah!

EL MAESTRO

No temáis; no es gente mala...
Yo puedo entrar de este modo
porque os quiero mucho...

MARGARITA

(En un arranque de viva simpatía, tomándole de las manos.)

¡Gracias!
¿Verdad, maestro, que usted
no quiere que Rosa?...

MARÍA ROSA

(Con temor de que hable Margarita.)

¡Calla!...

EL MAESTRO

No; yo sé lo que ella quiere...

MARÍA ROSA

(Ansiosamente.)

¿Pues?...

EL MAESTRO

Porque sé lo que pasa.

(Margarita abraza llorando a El Maestro.)

MARÍA ROSA

(Suplicante.)

¡Maestro! Es usted tan bueno,
que ha de sentir en el alma
mi situación... Usted sabe...

EL MAESTRO

(Separándose de Margarita.)

¿Qué? Tú crees, alma cándida,
que va a impedirte mi acción
lo que piensas?

MARÍA ROSA

Yo pensaba...

EL MAESTRO

No. Jamás te lo impidieran
mis hechos, ni mis palabras
en contra de los designios
del amor te aconsejaran...
¿Vas en pos del porvenir?

MARÍA ROSA

¡Sí!

EL MAESTRO

Pues la luz te acompaña.
¿Buscas libertad?

MARÍA ROSA

¡La busco!

EL MAESTRO

Ella te dará confianza.
¿Huyes del mal?

MARÍA ROSA

¡Por mi vida!

EL MAESTRO

El Bien te dará sus galas...
¿Vas con el Amor?

MARÍA ROSA

Su mano
generosa me resguarda.

EL MAESTRO

Pues si, en pos del porvenir,
la libertad te acompaña
y huyes del Mal, al amparo
del Amor, que es tu esperanza,
sólo un camino te queda...

MARÍA ROSA

¡Maestro!

EL MAESTRO

Rosa de mi alma:
tu camino es el de todos

los que, tendiendo las alas
del corazón por el mundo,
saben encontrar la rama
gloriosa de los amores
en la vida libertada.

MARGARITA

¡No!

MARÍA ROSA

¿Y entonces?...

EL MAESTRO

(Señalándole la puerta).

Ya lo he dicho:
tu camino es ese. Marcha
por él, sin que la cabeza
vuelva atrás.

MARÍA ROSA

(En un arranque de jubilosa exaltación.)

¡Sí!... ¡Adiós, hermana!
¡Adiós, maestro!

EL MAESTRO

(Abrazándola).

¡Adiós, hija!

MARÍA ROSA

¡Aquí está Jacinto!

MARGARITA

¡Hermana!...

(Relámpagos. Jacinto avanza hacia María Rosa).

ESCENA FINAL

DICHOS Y JACINTO

JACINTO

¿Qué esperas, María Rosa?...

(Bruscamente.)

¿Eh?... ¿Con quién estás?

MARÍA ROSA

No temas...
Vamos. Te sigo... ¡Hasta siempre!...

(Margarita abraza fuertemente a su hermana, reteniéndola, en un esfuerzo postrero de resistencia a la partida.)

JACINTO

(Abrazando a El Maestro. A María Rosa.)

No hay tiempo. No te entretengas...

MARÍA ROSA

¡Dios mío, qué obscuridad
sobre la Pampa desierta!...

MARGARITA

¡Ya lo ves; no debes irte!

EL MAESTRO

Por más desolante y negra
que esté la campaña, ustedes
llevan en el alma estrellas...

JACINTO

¡Adiós!

(Vivamente agitado, espera que María Rosa lo siga.)

MARGARITA

(Sin dejarla partir.)

¡María!... ¡María!

MARÍA ROSA

Un beso.

EL MAESTRO

¡Que seas buena!

(María Rosa en un esfuerzo supremo logra deshacerse de los brazos de Margarita, y huye con Jacinto, que la toma de la cintura, sin oir las últimas palabras de su hermana, que, tendiéndole los brazos, va hasta el fondo exclamando desconsoladamente:)

MARGARITA

¡No me dejes, hermana!

(Volviendo hacia El Maestro.)

¡Qué triste noche!!... ¡Qué dolor!

El Maestro

(En un dulce y apostólico gesto de resignación y de experiencia.)

¡Bah!... ¡Qué importa la Noche!...
La verdadera noche está en el fondo
de aquellas pobres almas que no tienen amor.

(Mientras El Maestro dice estas palabras, Margarita cae sobre una silla, bajo el parral, sollozando desgarradoramente. La lluvia recrudece y azota con violencia las ramas de los árboles. Desde un momento antes se escucha lejana la canción del carretero que atraviesa la noche melancólicamente. Y el telón va descendiendo con una suave lentitud.)

TERMINA EL POEMA

INDICE